

Cuando se espera

XX
618

DE

3

Pedro Laín Entralgo

COLECCION TEATRO

Nº 553

CUANDO SE ESPERA

CUANDO SE ESPERA

DRAMA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO LAIN ENTRALGO

EDICIONES

ALFIL

PREMIO NACIONAL DE TEATRO

COLECCION
TEATRO

© 1967, by PEDRO LAIN ENTRALGO.—Editada por ESCELICER, S. A. Héroes del Diez de Agosto, 6.—Madrid.—Reservados todos los derechos.—Los representantes de la Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

Depósito Legal: CA. 222-1967

ESCELICER, S. A., Cádiz - Obispo Calvo y Valero, 4 al 12

AUTOCRITICA

En páginas que andan por ahí he contado cómo yo —un profesor que ya ve de lejos su propia juventud— me he metido en la aventura de componer comedias, y cómo la que ahora se estrena fue, en el verano de 1964, la primera criatura de mi tardía mimerva dramática.

A mi interesada manera de ver, «Cuando se espera» no es primariamente un drama de "ideas", sino un drama «de realidades». Con él pretendo poner sobre la escena, no una determinada tesis acerca de la vida humana, sino lo que ésta es en una de sus parcelas, cuando el que la mira se decide a respetar su real diversidad y a contemplar su verdadera entraña.

La realidad a que dan vida y expresión los personajes de «Cuando se espera» es, como sin rodeos canta el mismo título, la del esperar del hombre. Para el hombre, vivir es poseer y esperar, ir poseyendo algo e ir esperando mucho más de lo que se posee, aunque uno, en su personal singularidad, sea modesto o parezca estar desesperado; en definitiva, esperar. Ahora bien: ¿qué es esperar, cuando lo que el futuro lleva en su seno nos importa de veras? En este caso, ¿cómo esperan los hombres? Me atrevo a pensar que con sus acciones y sus palabras PABLO, MARTA, ANDRÉS, MIGUEL, ELENA y hasta ese pobre JEFE DE ESTACIÓN, que no espera sino seguir viendo cómo ante la suya pasan los trenes, dan a esas interrogaciones una respuesta a la vez convincente y conmovedora.

Si en la trama de «Cuando se espera» hay alguna tesis, ésta no es ideológica, sino moral. Pretendo, en efecto, que mi comedia sea una protesta escenificada contra la violencia política, venga de donde viniere. Insisto: venga de donde viniere, hállese a la derecha o a la izquierda la mano que la comete. En el momento de su muerte, MARTA DE LEOBEN representa a la vez a Thaelmann y a los muertos de Budapest, al teniente Castillo y a Calvo Sotelo, a Maeztu y a Carrasco Formiguera, a Melquiades Alvarez y a Federico García Lorca. PABLO, por su parte, es un socialista que no quiere renunciar a sus convicciones, pero en cuya conciencia el asesinato político es y no puede dejar de ser un enorme problema moral. Puesto a precisar, diría que en él se funden un Besteiro, un Fernando de los Ríos y el Unamuno joven. Si el espectador no lo percibe así oyendo sus palabras, yo, padre de él, me sentiré profundamente incomprendido.

Salvo en un detalle sobremanera visible, «Cuando se espera» es, en cuanto a su técnica, teatro muy tradicional. He querido que la acción y la palabra de sus personajes lleguen directamente al público, sin apelar a los recursos y los modos que con mayor o menor genialidad ofrece una parte del teatro contemporáneo. ¿Ingenuidad? ¿Impotencia? ¿Osadía? No lo sé. Sé tan sólo que para conseguir lo que me propongo cuento con el arte y el talento excepcional de Fernando Fernán Gómez, Analía Gadé y el conjunto de excelentes actores que ahora les acompañan. Y esto, debo confesarlo, inyecta una secreta confianza en el seno de mis dudas y vacilaciones de autor novel a desatiempo. Es decir, en mi personal modo de vivir el título de mi comedia, cuando para ella va a alzarse el telón.

P. L. E.

Abril de 1967.

Esta obra se estrenó en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, el día 27 de abril de 1967, con arreglo al siguiente

R E P A R T O

GRUPO DE EMIGRANTES

JEFE DE ESTACIÓN...	Emilio Menéndez.
TELEGRAFISTA ...	Angel Gómez.
ELENA BOHLEN ...	Carmen Fortuny.
PABLO BROMBERG ...	Fernando Fernán Gómez.
MIGUEL WRONSKI...	Antonio Canal.
ANDRÉS RADEK ...	José María Escuer.
MARTA DE LEOBEN ...	Anaía Gadé.
EL FUTURO ...	Julio Navarro.
SARGENTO DE MILICIAS...	Antonio Varo.
MILICIANO 1.º...	X. X.
MILICIANO 2.º...	X. X.

Los personajes han sido nombrados por orden de su aparición en escena.

ESCENARIO

La acción se desarrolla en la estación de Tarna, pequeña ciudad de un imaginario país centro-europeo donde el ferrocarril de Arnovia, capital de ese país, empalma con la línea internacional. Mes de octubre: el 30 de octubre de un año no muy posterior a 1920. Luz de tarde. En Arnovia acaba de triunfar un movimiento popular revolucionario. Como consecuencia del mismo, se ha interrumpido la circulación de trenes entre Arnovia y Tarna. Sólo un tren internacional, el Eslavia-Exprés, ha de pasar por la estación de Tarna el día en que transcurre la acción del drama.

La escena se hallará dividida en dos partes desiguales. La parte situada a la izquierda del espectador es la sala de espera. Puertas practicables al fondo y a ambos laterales. La del fondo, de madera y vidrios esmerilados, conduce al despacho del JEFE DE ESTACIÓN. La del lateral izquierdo se abre a la explanada de que parte la carretera entre la estación y la ciudad de Tarna. La de la derecha da acceso al andén. Junto a la puerta del fondo, una chimenea encendida. Bancos y sillones toscos. En el centro, una mesa muy simple de color oscuro. La parte derecha de la escena, menor que la anterior, deja ver un fragmento del andén. Marquesina metálica. Uno o dos bancos de madera adosados a la pared. El andén, mal iluminado, se pierde hacia el fondo. No se verá reloj alguno sobre el muro de la estación. Sobre la puerta que comunica el andén con la sala de espera se leerá, bien visible, el rótulo de ésta.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

GRUPO DE EMIGRANTES, JEFE DE ESTACIÓN y TELEGRAFISTA.

(En la parte de la escena correspondiente al andén, apiñado en torno a sus maletas y dormitando sobre el suelo y los bancos, el GRUPO DE EMIGRANTES. Apenas se ha levantado el telón, cantan.)

GRUPO DE EMIGRANTES.

El ayer y el hoy son míos,
pero no es mío el mañana.
La mies que ayer he sembrado,
¿llegará a ser mies granada?
El hijo que me ha nacido,
¿qué tendrá, cuna o mortaja?
El ayer y el hoy son míos,
pero no es mío el mañana.

(Queda la escena silenciosa. Al cabo de unos segundos, sale por la puerta del fondo el JEFE DE ESTACIÓN y se dirige hacia el andén. En el camino se encuentra con el TELEGRAFISTA. Ambos se detienen y conversan.)

JEFE DE ESTACIÓN.—¿Algo nuevo?

TELEGRAFISTA.—Muy poco. El teléfono con Arnovia no funciona; sólo por telégrafo llegan noticias.

JEFE DE ESTACIÓN.—¿Qué noticias?

TELEGRAFISTA.—Triunfo total del levantamiento popular. El Comité Revolucionario se ha hecho cargo del Poder y ha prohibido abandonar la capital sin salvoconducto.

JEFE DE ESTACIÓN.—La salida de trenes, ¿ha sido interrumpida?

TELEGRAFISTA.—Sí, hasta nueva orden.

JEFE DE ESTACIÓN.—Sin el correo de Arnovia, poco será hoy el movimiento.

TELEGRAFISTA.—Poco. Aparte esos emigrantes (*Señalando hacia el andén.*), no creo que suba nadie al Eslavia-Exprés.

JEFE DE ESTACIÓN.—Si es que el Eslavia-Exprés llega esta tarde. Lo han detenido en la frontera. Quieren asegurarse de que en nuestro territorio no ha sido volada la vía. (*Pausa.*) Y usted, ¿qué opina de los sucesos de Arnovia?

TELEGRAFISTA.—Sabe usted que no soy revolucionario, pero estoy con la revolución. Personalmente, creo que mi clase mejorará.

JEFE DE ESTACIÓN.—Feliz usted con su optimismo. Con éstos o con los otros, yo sé que mi suerte es envejecer viendo pasar trenes; y al final, una jubilación de hambre. (*Pausa.*) Bueno, vuelvo a mi despacho. Si hay más noticias, no deje de comunicármelas.

(Sale el JEFE DE ESTACIÓN por la puerta del fondo y el TELEGRAFISTA desaparece por el andén. De nuevo el GRUPO DE EMIGRANTES queda solo en la escena. Ruido de automóvil que se detiene. Pasan unos segundos, y por la puerta de la izquierda entran PABLO, ELENA y MIGUEL. PABLO, profesor de Historia en la Universidad de Arnovia, es hombre entre los

cuarenta y cinco y los cincuenta años. Pertenecce de manera destacada —es en él su máxima figura intelectual— al partido político triunfante. ELENA y MIGUEL son discípulos y fieles amigos suyos.)

ESCENA II

ELENA, PABLO y MIGUEL.

ELENA.—(*Recorriendo con la vista el contorno de la sala de espera.*) Nadie.

PABLO.—(*Asintiendo.*) Nadie. Hemos llegado a tiempo.

MIGUEL.—(*Intrigado.*) A tiempo ¿de qué?

PABLO.—Lo sabréis. Pero antes es preciso que yo hable con el Jefe de Estación.

(PABLO se acerca a la puerta del despacho del JEFE DE ESTACIÓN y la golpea con los nudillos. Mientras tanto, ELENA y MIGUEL curiosean lo poco que en la sala de espera puede verse y se asoman al andén, donde sigue dormitando el GRUPO DE EMIGRANTES. Sale el JEFE DE ESTACIÓN.)

ESCENA III

PABLO y JEFE DE ESTACIÓN.

JEFE DE ESTACIÓN.—¿Qué desea?

PABLO.—Ante todo, saludarle. Y luego preguntarle si esta

tarde ha llegado algún viajero para el Eslavia-Exprés.
JEFE DE ESTACIÓN.—(*Receloso.*) ¿Tiene usted autoridad para hacerme esa pregunta?

PABLO.—(*Sacando un carnet de su bolsillo interior.*) Mire.

JEFE DE ESTACIÓN.—(*Examina el carnet y su recelo se trueca en respeto, acaso en temor.*) A sus órdenes, señor Bromberg. No, hasta ahora no ha llegado viajero alguno. Bueno, no contando con ese grupo de emigrantes. (*Señalando hacia el andén.*) Vinieron en el tren corto de Arnovia; el último que ha debido de salir de allí. (*Pausa.*) Debo decirle que el Eslavia-Exprés trae mucho retraso. Dos horas, acaso más.

PABLO.—Bien, esperaré aquí. (*Advirtiendo el temeroso recelo del JEFE DE ESTACIÓN, y para disiparlo.*) No tema. Sólo pretendo acompañar hasta el tren a un viajero que ha de tomarlo esta noche.

JEFE DE ESTACIÓN.—Suya es la sala de espera. Si necesita algo de mí, estaré en mi despacho o arriba, en mis habitaciones.

PABLO.—Gracias, jefe.

(*Entra el JEFE DE ESTACIÓN en su despacho. PABLO se asoma al andén, queda un momento silencioso contemplando el GRUPO DE EMI-GRANTES y hace una seña a MIGUEL y a ELENA, que se han alejado un poco. Se reúnen los tres en el andén y entran juntos en la sala de espera.*)

ESCENA IV

PABLO, ELENA y MIGUEL.

(El director de escena ordenará de la manera más adecuada la situación y las actitudes de los tres personajes durante este diálogo. A lo largo de él se observa algún movimiento entre los componentes del GRUPO DE EMI-GRANTES: unos cambian de postura, otros se levantan y pasan hacia el fondo del andén. ANDRÉS se sienta en el banco que hay junto a la puerta de acceso a la sala de espera, y sin proponerse oír lo que en el interior de ésta se dice, algo oye. Así lo dan a entender sus sobrios gestos.)

ELENA.—Ya no tienes pretexto para callar. Dinos por qué hemos venido a la estación de Tarna.

MIGUEL.—(Con respetuosa amistad, pero con cierta firmeza.) ¿Y por qué salimos clandestinamente de Arnovia? ¿Y por qué nos hemos detenido inútilmente en el camino?

PABLO.—(Sonriendo.) ¿Me creeréis si os digo que sólo persigo un poco de libertad para imaginar limpiamente nuestro pasado? (Viendo el gesto de perplejidad con que le oyen ELENA y MIGUEL.) Bueno, seré más claro; hemos venido aquí para que una mujer tome sin dificultades el Eslavia-Exprés.

ELENA.—¿Una mujer, Pablo? Supongo que Miguel y yo podremos conocer su nombre.

PABLO.—Se trata de Marta de Leoben. (Viendo la sorpresa de MIGUEL y ELENA.) Sí, la viuda del conde Nicolás Leo-

ben. A través de su administrador, le hice llegar un salvoconducto. No creo que tarde en estar aquí. (*Mira su reloj.*) Son las seis, y no es probable que cuente con el retraso del tren.

MIGUEL.—(*Grave.*) ¿Un salvoconducto a Marta de Leoben? ¿Imaginas la reacción del Comité?

PABLO.—Sí, Miguel, la imagino. Acaso a estas horas haya pedido alguien mi destitución, quién sabe si hasta mi cabeza. Pero, como os he dicho, esta evasión era necesaria para que en nuestro país podamos contemplar el pasado con libertad. Nadie puede ser libre sintiendo que el pasado pesa sobre su alma.

MIGUEL.—Es cierto. Pero no entiendo por qué esta evasión vaya a hacernos más libres. Yo diría que vamos a serlo menos. Sobre todo, si sospechan que tú has sido su autor.

ELENA.—Pablo, sé sincero. ¿Es esa la única razón de haberla ayudado a fugarse? (*Después de una leve vacilación y sonriendo.*) Mil veces nos has dicho que los padres de Marta costearon tus estudios y que entre vosotros hubo alguna amistad.

PABLO.—Os aseguro que sólo busco libertad frente al pasado. Para que nuestro futuro sea el que nosotros queramos, necesitamos esa libertad; sin ella, nuestros proyectos y nuestras vidas quedarían gravemente heridos. ¿Qué somos nosotros, amigos, sino proyectistas de la revolución, hombres consagrados al empeño de convertir la ambición en idea y la esperanza en programa? (*Que da un momento silencioso, como abismado en sus recuerdos.*) Es verdad, Elena. Los padres de Marta pagaron mis estudios. Gracias a su ayuda pude pasar por la Universidad y comencé a enseñar en ella. (*Tajante.*) Pero esto no me obliga a Marta. ¿Por qué había de obligarme? El mecenazgo de los viejos señores era puro ornato: un capítulo más, y no el más caro, entre los

consagrados al decoro externo de su título. ¡Linda cosa, mantener durante unos años al aprendiz de pintor que luego, si tiene talento, dará cuadros a nuestros salones, o procurar ocio barato a un poeta en agraz! No, no estoy aquí para saldar una deuda personal, ni me siento llamado, como alguno de nuestros camaradas, a este mecenazgo nuevo de los salvoconductos.

MIGUEL.—(*Lentamente.*) Pero Marta es algo más que la heredera de sus padres. Tu salvoconducto no es el pago de un viejo mecenazgo; conforme. Me pregunto, Pablo, si no será, en cambio, la prenda de una vieja amistad.

PABLO.—Tienes razón. Marta es algo más que la continuación de sus padres. ¡Pobre realidad la nuestra, si nuestro cuerpo no fuese otra cosa que un vaso nuevo para la sangre antigua! Sí, Marta es Marta, y de ella fui amigo cuando yo leía versos y creía que soñar es pensar. (*Con un punto de nostálgica morosidad.*) Con ella compartí la desesperación de Leopardi y la esperanza de Víctor Hugo; en ella encontré mi primer discípulo. ¡Inútil fuego lejano, aquél con que yo le explicaba el despertar de la humanidad a la razón! (*Breve silencio.*) Pronto acabó todo. Después de uno de mis primeros ensayos políticos —“Alas para el futuro” era su título; sonreíd, si queréis—, nuestras conversaciones comenzaron a espaciarse, y a los pocos meses terminaron por completo. Desde entonces no nos hemos visto. Ella se casó con el Conde de Leoben y no tardó en quedar viuda. Yo proseguí mi carrera universitaria. (*Pausa breve.*) Veinte años, ya.

ELENA.—La Marta que fue, la Marta que luego ha sido, la Marta que hubiera podido ser... ¿no es la última, Pablo, a la que has hecho llegar el salvoconducto? “Salvoconducto al ex-futuro”: buen título para un cuento o un poema de ese escritor del Sur que llaman Unamuno. Más que sentirse libre frente al pasado, ¿no será revivir

un futuro que pudo ser y no fue lo que en realidad pretendes?

PABLO.—(*Sonriendo, a ELENA.*) Miguel, demasiado receloso; tú, demasiado sutil... ¿Por qué cerráis los ojos a la realidad? ¿Por qué no queréis ver que mi salvoconducto fue enviado a la Marta que ha sido y que es, a la mujer en que hoy se centra el prestigio de la vieja clase? (*Resuelto.*) Vamos a ver, Elena: para los peones y los hortelanos de Arnovia, ¿qué es Marta de Leoben?

ELENA.—Es la mujer de quien se dice: "Si todos los aristócratas fuesen así, no sería necesaria la revolución".

PABLO.—(*A MIGUEL.*) Y tú, Miguel, dime: para nuestros camaradas, ¿qué es esa mujer?

MIGUEL.—Repetiré lo que más de una vez he oído: "Frente a nosotros, su prestigio es más eficaz que la misma policía".

PABLO.—¿Comprendéis ahora por qué estamos aquí? Dedicando su vida a esa suerte de feudalismo benéfico que practica en sus posesiones, Marta trata de demostrar que el viejo orden puede pervivir en nuestro siglo. Si me permitis un latiguillo oratorio, diré de ella que es la Juana de Arco del capitalismo feudal; una Juana de Arco de ocaso, no de aurora, como la otra. (*Pausa breve.*) Bien. Nosotros sabemos que la aurora es nuestra, sólo nuestra, y cien Juanás de Arco del orden viejo no cambiarían esta gran verdad. Mas también sabemos que la vida de Marta de Leoben se halla en peligro y que su sangre enturbiaría por mucho tiempo la recta visión de nuestro pasado. (*Con cierto énfasis.*) Necesitamos que entre el ayer y nosotros no se interponga esa sangre, debemos ser libres frente al pasado. (*Más tranquilamente.*) ¿Comprendéis ahora por qué estamos aquí?

MIGUEL.—Tienes razón. ¡Qué gran alivio, sentir que se alían la razón y el sentimiento! Nunca admitiré, bien lo sabes, que para edificar un orden nuevo o para defen-

der un orden viejo sea lícito matar a sangre fría. Pablo, te agradezco que nos hayas asociado a esta empresa.

PABLO.—(*Volviendo a la realidad inmediata.*) Y ahora que lo sabéis todo, dejemos la teoría de nuestra acción y vengamos a la acción misma: a esta vetusta estación de Tarna, a esta clara tarde de octubre y a lo que aquí es nuestro deber. El mío es bien sencillo: esperar la llegada de Marta de Leoben. El vuestro, todavía más sencillo: (*Con cierta jovialidad irónica en la expresión.*) Contemplar cómo aparece en el cielo una estrella que ha visto nuestro pasado, va a ver vuestro presente —sí, el vuestro— y se dispone a ver, impasible, el futuro con alas que ahora comienza. Esta tarde, vuestra estrella.

(MIGUEL y ELENA salen por la puerta del andén y, la mano de uno en la del otro, caminan lentamente hacia el fondo y se pierden en la lejanía. PABLO queda solo y silencioso en la sala de espera. Se le ve ensimismado durante unos segundos. Al fin, se levanta, sale al andén y queda en pie junto al banco en que descansa ANDRÉS, campesino como de cincuenta años.)

ESCENA V

PABLO, ANDRÉS y GRUPO DE EMIGRANTES.

PABLO.—(*Viendo que ANDRÉS le mirá con cierta curiosidad.*) Buenas tardes, amigo.

ANDRÉS.—(*Levantándose. No se olvide de que ANDRÉS debe vestir, moverse y hablar como el campesino despierto.*)

to y relativamente ilustrado que es.) Buenas tardes, señor.

PABLO.—¿En espera del tren?

ANDRÉS.—Desde esta madrugada. Yo y mis compañeros.

PABLO.—¿Vienen de lejos?

ANDRÉS.—De los valles del interior. Primero, tres horas de diligencia; luego el tren de Arnovia: seis horas más; después el mixto de Tarna: una noche entera. Y desde la madrugada, esperando en este andén. Demasiado tren para gente de azada y trillo.

(Breve silencio.)

PABLO.—En Arnovia, ¿no les opusieron dificultades para continuar su viaje?

ANDRÉS.—No mucha. En la misma estación nos dieron el salvoconducto. Nuestros papeles están en regla. Somos pobre gente harta de miseria, y sólo queremos llegar al barco que ha de llevarnos a América.

(Otro breve silencio.)

PABLO.—Y con la nueva situación, ¿persisten en su idea de emigrar?

ANDRÉS.—Ya le he dicho, señor, que nuestros papeles están en regla. Meses nos ha costado el reunirlos. Nos han concedido unas parcelas de buena tierra al pie de los Andes. El agua es abundante, y nunca reja de arado entró en aquel suelo. ¿Cree usted que podemos volvernos atrás? Mis compañeros me han hecho jefe del grupo; y si mi consejo ha de valer, a América iremos. Para nosotros, el Nuevo Mundo.

PABLO.—*(Tuteándole con afectuosa cordialidad.)* Para los hombres como tú y tus compañeros, tal vez nuestro país sea dentro de poco un Nuevo Mundo. *(Breve pausa.)* ¿Cuál es tu nombre?

ANDRÉS.—Andrés Rádek, señor.

PABLO.—Andrés, comprendo perfectamente que tú y los tuyos tomárais esa decisión. Trabajábais tierras que no son vuestras, y cada año veáis repetirse la miseria del año anterior. Ni siquiera os era permitido soñar para vuestros hijos otro futuro. Mientras la privación de los más hubiera de sustentar la abundancia de los menos, ¿podíais poner vuestra esperanza en algo que no fuese milagro o lotería? Esperanza... ¿Merece tal nombre la de quienes sólo así pueden esperar su bien? *(Breve pausa.)* Pero las cosas van a cambiar. Las tierras serán de vuestras cooperativas, y por lo tanto, vuestras; vuestros hijos serán educados según su capacidad, y según ella obtendrán puestos de trabajo; vuestras enfermedades serán curadas como las enfermedades de los señores... Para vosotros y los vuestros habrá aquí, en vuestra propia tierra, un futuro que no sea la repetición constante de una misma miseria; un Nuevo Mundo. *(Con sincera gravedad.)* No pocos hombres tenemos puesta la vida en el cumplimiento de esta empresa.

(Desde que PABLO ha iniciado su diálogo con ANDRÉS, los miembros del GRUPO DE EMIGRANTES han ido acercándose a ellos. Sentados en los bancos del andén o en el suelo —el director de escena decidirá lo más adecuado— escuchan con atención creciente las palabras de uno y otro.)

ANDRÉS.—Le creo, señor. No sé cómo será ese futuro que usted nos pinta. Sabemos que el sol saldrá mañana, y que después de la siega vendrá la vendimia. ¡Pero que nuestros planes vayan a salir bien...! Sin embargo, le creo, y estoy seguro de que aquí va a mejorar la suerte del pobre. Mucho es ya que a uno le gobiernen diciendo que la pobreza del pobre no es una necesidad, sino una injusticia... Aunque, la verdad, no me parece

que todo sea orégano en lo que usted ha dicho de nosotros.

PABLO.—(*Sorprendido.*) ¿He exagerado, acaso? ¿No has comenzado por decir que tú y los tuyos sois gente harta de miseria?

ANDRÉS.—Esa es la verdad, y nadie lo sabe tan bien como el que lo pasa. Pero usted ha dicho, si no recuerdo mal, que nosotros, la gente pobre del campo, no podemos vivir con esperanza; y a mi modo de ver, eso no es cierto.

PABLO.—(*Intrigado y divertido.*) Dime dónde está mi error.

ANDRÉS.—(*Con acento en que se mezclan la cazurrería, la sinceridad y el respeto.*) Pienso yo que ustedes, los hombres de carrera, y nosotros, los pobres del campo, llamamos esperanza a cosas muy distintas. Ustedes sólo saben esperar lo que calculan que va a resultar bien; y si no resulta bien lo que calcularon, les falta el tiempo para calcular otra cosa; y si ésta también les resulta mal, que todo puede ser, entonces se desesperan, y a veces se pegan un tiro. Nosotros, no. Una mala cosecha nos aflige, pero no nos desespera. Otra buena vendrá, que Dios aprieta, pero no ahoga, y con esa esperanza vivimos, aunque la buena cosecha sea más del amo que nuestra. Por mucho que hayamos trabajado para conseguirla, cada cosecha es un regalo de la tierra. Vamos, del que hizo la tierra. A mi modo de ver, por esto los pobres del campo no nos suicidamos cuando las cosas vienen mal y aprieta con más fuerza la pobreza.

PABLO.—(*Grave, compasivo.*) Te entiendo, Andrés Rádek, y me duele entenderte. Durante siglos se ha fomentado vuestra resignación cultivando en vosotros esa triste esperanza de los fracasados y los hambrientos. Mira, Andrés: tampoco yo quiero un mundo en que la gente se suicide cuando quiebran sus negocios. Quiero para

todos una esperanza de ojos bien claros y abiertos; un orden justo, y dentro de él un futuro que exija nuestro esfuerzo, el esfuerzo de nuestros hijos y el de los hijos de nuestros hijos. Cuando esto se haya logrado, no habrá más suicidios, te lo aseguro... (*Volviendo a la realidad inmediata.*) Pero esto es un andén de estación, no una tribuna política. Os deseo la mejor suerte, amigos. Que esas tierras llenen y no agoten vuestra esperanza. Mientras tanto, trabajaremos aquí para que un día, cuando volváis triunfadores a vuestra aldea, os encontréis con un pueblo que ha perdido la costumbre de llamaros "indianos".

ANDRÉS.—Que Dios le oiga, señor. No olvidaremos estas palabras tuyas.

PABLO.—(*Mirando su reloj.*) Perdón, Andrés. Debo volver a la sala de espera.

(Mientras PABLO y ANDRÉS terminaban su diálogo, MARTA, procedente del exterior de la estación, ha entrado en la sala de espera. MARTA, mujer entre los treinta y cinco y los cuarenta años, viste un sencillo traje de viaje. Lleva en su mano un maletín y entra con preocupación, mirando a todas partes. Al cabo de unos momentos, se aproxima a la puerta del andén, que estaba cerrada; ésta se abre y aparece PABLO. PABLO y MARTA quedan frente a frente. Entre tanto, en el andén, los EMIGRANTES se dispersan conversando animadamente entre sí.)

ESCENA VI

MARTA y PABLO.

MARTA.—(*Tras unos momentos de silencio.*) Pablo... Es verdad. Debí haber supuesto que eras tú quien me hizo llegar el salvoconducto. (*Breve pausa. Con ligera ironía.*) ¡Supongo que podremos seguir tuteándonos!

PABLO.—(*Sin encontrar un acento adecuado; entre emocionado, impersonal y cortés.*) ¿No crees, Marta, que el “tú” es... indestructible? Cuando se ha tuteado a otro, ni siquiera para el insulto va bien el “usted”.

MARTA.—Bien, seguiremos tuteándonos. Sin poner nuestro “tú” a prueba de insultos, espero... (*Breve silencio.*) ¿Qué haces aquí, Pablo? ¿Me proteges... o me vigilas?

PABLO.—Me propongo simplemente que puedas tomar sin dificultad el tren internacional. Quiero tan sólo que vivas lejos de la amenaza y el peligro.

MARTA.—Quieres que siga viviendo... Me pregunto por qué. (*Ante el vivo gesto de protesta de PABLO.*) No trato de ofenderte, Pablo. Sé muy bien que eres generoso y que quieres una revolución sin derramamiento de sangre. Hasta me atrevo a suponer, acéptame esta vanidad, que no sería yo la última de las personas a quienes llegase el beneficio de tu programa. Pero también sé lo que muchos de tus camaradas dicen de mí, y más de una vez he pensado en estos días que acaso mi desaparición —mi... desaparición, entiéndeme— fuese para ti... ¿cómo lo diría?... un doloroso alivio. Muy doloroso, desde luego, pero alivio.

PABLO.—(*Ya dueño de sí.*) Lo cual, Marta, alaba la digni-

dad de mi corazón, pero ofende el decoro de mi inteligencia. También ésta necesita que tú vivas.

MARTA.—¿Por qué?

PABLO.—Tu muerte a mano armada haría imposible la visión de la historia que yo debo ofrecer a nuestros jóvenes. He luchado por un futuro de nuestro país muy distinto del que tú y los tuyos deseáis; pero pretendo que en la entraña de ese futuro esté sin rozamiento ni herida, como el esqueleto en el interior del cuerpo vivo, el pasado glorioso e injusto que los tuyos hicieron. Tu... desaparición no sería para mí un doloroso alivio; sería, cuando menos, un doloroso tropiezo.

MARTA.—(*Irónica.*) Con lo cual, Pablo, halagas mi condición de personaje, pero humillas mi condición de persona. Hablando así, me conviertes en símbolo de un mundo pasado y haces de mi vida el cristal capaz de ofrecer una imagen más bien rosada de ese mundo; el futuro que tú sueñas no se sonrojará pensando que lleva dentro unos huesos excesivamente podridos... Todo esto es muy halagador para mí, pero también muy humillante. Tus palabras, ¿no desconocen por completo a la mujer que hizo eso en su vida pudiendo haber hecho otra cosa? (*Con energía.*) ¿Crees que yo, esta mujer de carne y hueso, soy tan sólo la condesa de Leoben de que hablan las gentes de nuestro país?

PABLO.—(*Sonriendo.*) Perdóname esta pequeña deformación profesional. Rozaste en mí la vanidad del intelectual, y olvidé por un momento que la condesa viuda de Leoben, el único espejo decoroso de nuestra aristocracia, fue en tiempo una persona llamada Marta, con quien yo leía a Leopardi y a Víctor Hugo y recorría las iglesias góticas de nuestra ciudad. Te aseguro que ha sido un olvido puramente dialéctico. Pero la acción debe prevalecer esta tarde sobre la dialéctica; y la ac-

ción exige ante todo saber algo acerca de la llegada del tren. Voy a intentarlo.

(MARTA se sienta y queda inmóvil y pensativa. PABLO da con los nudillos en la puerta del despacho del JEFE DE ESTACIÓN. A poco, éste sale.)

ESCENA VII

PABLO, MARTA y el JEFE DE ESTACIÓN.

JEFE DE ESTACIÓN.—Diga, señor.

PABLO.—¿Hay más noticias acerca del Eslavia-Exprés? (*Reparando en que el JEFE DE ESTACIÓN está mirando a MARTA.*) Perdone, jefe, debo presentarles. Marta, el Jefe de la Estación de Tarna. Jefe, la condesa de Leoben.

JEFE DE ESTACIÓN.—(*Acercándose con solicitud y respeto al sillón en que está sentada MARTA.*) Saludarla es un honor, señora. Dígame en qué puedo servirla.

MARTA.—Gracias, jefe. No voy a estar aquí más que unos minutos. Hasta que llegue mi tren.

JEFE DE ESTACIÓN.—El caso es que no sabemos cuándo va a llegar. Todavía no ha cruzado la frontera y desde la frontera hasta aquí no tardará menos de dos horas. Pero no creo que se retrase mucho el anuncio de la llegada a Felsen. Ya saben, la primera estación de nuestro territorio.

PABLO.—En resumen: dos o tres horas más en esta sala de espera.

JEFE DE ESTACIÓN.—¿Quiere la señora esperar en mis habitaciones? No son gran cosa, pero siempre estará más cómoda que aquí.

MARTA.—Acepto gustosa su ofrecimiento. (*Mirando a PABLO.*) Acaso lo hagan aconsejable las... circunstancias de mi viaje. Gracias, jefe. No tardaré en subir.

(*Haciendo una respetuosa reverencia a MARTA, sale el JEFE DE ESTACIÓN por la puerta de su despacho. Quedan en escena MARTA y PABLO. Por el desierto andén cruza de vez en cuando una figura humana: un MOZO DE TREN, el TELEGRAFISTA, alguno de los EMIGRANTES.*)

ESCENA VIII

MARTA y PABLO.

MARTA.—(*Rompiendo el silencio que se ha producido después de la salida del JEFE DE ESTACIÓN.*) Me has hecho pensar en mí, Pablo, y no quisiera que nos despidiésemos —para siempre, tal vez— sin que conozcas esos pensamientos. Todo debe quedar claro entre nosotros.

PABLO.—(*Sentándose en un sillón próximo al de MARTA.*) Dime, Marta.

MARTA.—(*Con una punta de ironía en su gravedad.*) Desconociendo totalmente mi persona, viéndome como puro personaje, o como pura idea, no sé, me has convertido en símbolo del pasado sobre el cual pensáis edificar vuestro futuro. Bien, lo acepto. Dentro de ese olimpo revolucionario que proyectas, no puedo pedir más. Te ha movido a ello, supongo, mi actividad social de estos últimos años y el posible prestigio que esta labor mía haya podido darme... ¿Es así?

PABLO.—Así es.

MARTA.—Pablo: ¿me creerás si te digo que tú has tenido parte muy decisiva en esa dedicación de mi vida?

PABLO.—No puedo creerlo. (*Pensativo, tras una breve pausa.*) ¿Es imaginable que una mirada, media frase y un silencio, que esto es todo lo que al margen de nuestra amistad hubo entre nosotros, decidiesen años más tarde la orientación de tu vida?

MARTA.—Aquella mirada, aquella media frase, aquel silencio... ¿Es que los recuerdas todavía? No, Pablo, no es esto. Hablo de nuestra amistad y de los primeros pasos de tu carrera política. De nuestras visitas a las iglesias góticas de Arnovia, de tus comentarios sobre nuestras viejas romerías, de aquella excursión a los castillos del interior que tú dirigiste... (*Cada vez más persona y menos personaje; más íntima, más confidencial.*) ¿Recuerdas? Yo era una hija de familia aristocrática, una señorita llena de literatura moderna y muy despegada del mundo de su linaje. La literatura me había mostrado la llama y el fruto de la libertad... Pero tú me enseñaste a entender y valorar mi pasado, nuestro pasado. (*Con entusiasmo creciente.*) Nuestras viejas iglesias, nuestras danzas populares, nuestros castillos, tantas y tantas cosas más, procedían de una idea de la vida que podía y debía ser permanente. Descubrí que en la historia —no sé de qué escritor es la expresión— hay siempre un eje diamantino, y que nuestra existencia se envilece cuando olvidamos esta verdad. Vi nuestro pasado como la serie de las hazañas en que esa idea se ha realizado, y pensé que el primer deber de quienes tenemos clara conciencia de haberla heredado —esto debe ser, creo yo, un árbol genealógico— consiste en evitar que muera... Todo esto me enseñaron tus lecciones. ¿Lo sospechabas? (*Breve pausa. La persona vuelve poco a poco a ser el personaje; la MARTA joven revivida retorna a su condición de Condesa de Leoben.*) Luego dejé de ver-

te. Me casé. Tú iniciaste tu carrera política. Aún recuerdo tu primer artículo: "Alas para el futuro"... Me pareció ver en él una traición a tus propias ideas, a ti mismo. Como si esas alas para el futuro sólo pudiesen volar rompiendo tajantemente con el pasado que tú me habías enseñado a comprender... Murieron mis padres. Enviudé. Pude disponer a mi antojo de una gran fortuna. No tenía hijos. ¿Por qué no consagrar mi esfuerzo y mi fortuna al empeño de demostrar que el alma del pasado es capaz de animar un cuerpo nuevo? Yo haría ver a todos que el pasado tiene alas capaces de volar con fuerza hacia el futuro... (*Breve pausa.*) Pensé que te debía esta verdad, antes de separarnos. (*Sonriendo.*) El símbolo del orden viejo que tú has querido salvar, paga con esta confidencia tu generosidad.

PABLO.—(*Pensativo.*) A tu confidencia, Marta, debo responder con una confesión. (*Pausa.*) No, no fui traidor a mí mismo. Historiador, soy, y nunca he dejado de comprender el sentido y el valor —permanente, si quieres— de las iglesias góticas y los castillos. Pero mi vida me hizo conocer muy pronto, además de ese sentido y ese valor, la miseria, la ignorancia y la opresión. ¿Has pensado alguna vez, Marta, en el reverso de miseria que durante siglos han llevado consigo el esplendor de los palacios y la hermosura de las catedrales? ¿Adivinas lo que durante siglos ha sido el padecimiento de una enfermedad cuando ésta tenía como albergue los hospitales creados por la... beneficencia de quienes levantaron esos castillos? La belleza de nuestras viejas piedras... Una belleza que por la tosquedad y la ignorancia de sus almas no eran capaces de comprender y gozar los nietos de quienes sudorosamente las labraron. Y la opresión: el argumento supremo de un orden social que durante siglos ha impedido la protesta y hasta ha negado el derecho a ejercitarla... Ese pasado que tú in-

tentaste galvanizar llevaba consigo un doloroso reverso. Era preciso un mundo radicalmente nuevo, en el cual fuesen al fin reales la justicia y la libertad. Por creerlo así ingresé y he seguido en mi partido. ¿Es acaso imposible que ese nuevo mundo acoja en su entraña la esencia de todo lo que en el pasado fue valioso, templo griego o catedral cristiana, cantar de gesta o poema maldito? Tú has consagrado tu vida a la empresa de continuar el pasado; yo he dedicado la mía a la tarea de proyectar un futuro en el cual no haya emigrantes forzosos (*Señalando al andén.*) —ahí están; pregúntales de qué se evaden— y tenga verdadero sentido el brillo del pasado. Para lograr del mejor modo ese futuro y por mantenerme fiel a mí mismo —al joven que hace años conversaba con una persona llamada Marta— te hice llegar los salvoconductos. (*Pausa.*) Dime ahora si esa persona los acepta, como los ha aceptado el personaje que aquella Marta ha venido a ser.

MARTA.—(*Con fiereza.*) Sí, los acepta. Vinieran de donde viniesen, de ti o de quien fuera, no vacilé en utilizarlos. Mi vida estaba en peligro, y yo, Pablo, quiero vivir. No me seduce la idea de morir como mártir de mi clase; no quiero para mi muerte la vanidad de representar un papel social, por brillante que éste sea. Quiero seguir viviendo, me siento capaz de comenzar una vida nueva, y en el gran dolor de abandonar tantas cosas queridas, esta perspectiva pone una gota de placer. Tú has querido salvar a un personaje; yo he sentido y siento en mí que has salvado a una persona. La persona que esta tarde va a subir al tren.

(*Un silencio profundo sigue a estas palabras de MARTA. En ese silencio, PABLO la mira con intensidad. Cuando va a hablar, MIGUEL y ELENA entran por la puerta del andén.*)

ESCENA IX

MARTA, PABLO, MIGUEL y ELENA.

MIGUEL.—(*Contenido, circunspecto.*) Llegó la persona que esperabas.

PABLO.—(*Levatándose.*) En efecto. Pero debo presentaros. Marta: Miguel Wronski y Elena Bohlen, discípulos y amigos míos. Miguel, Elena: la condesa de Leoben.

(*Corteses y más bien frías inclinaciones de MIGUEL y ELENA.*)

MARTA.—(*Otra vez mujer de mundo.*) Mi antigua amistad con Pablo Bromberg y la amabilidad con que él ha pensado en mi suerte, han salvado la distancia que la política de nuestro país y los sucesos recientes habían puesto entre nosotros. ¿Tendré la fortuna de que su amistad con el señor Bromberg me permita lograr eso mismo con ustedes?

MIGUEL.—(*Con seriedad.*) Queremos, respetamos y seguimos a Pablo. Basta esto para que aceptemos lo que él ha hecho.

MARTA.—(*Sonriendo.*) Entonces, ¿puedo contar con que ustedes serán mis... no-enemigos, mientras llega el tren internacional?

MIGUEL.—(*Seramente, con deliberada dignidad.*) Nosotros, señora, no somos enemigos suyos. Eramos y somos adversarios de usted. No hemos pasado y no queremos pasar de ahí.

MARTA.—Mis adversarios... Es verdad. Unos adversarios que ni me conocían, ni me imaginaban.

MIGUEL.—No la conocíamos, es cierto, pero acaso la imaginábamos.

MARTA.—¿Y cómo me imaginaban?

MIGUEL.—Soy menos intelectual que mi maestro, y por eso suelo estimar más que él el misterio de los hombres. Cuando me hablaban de la condesa de Leoben, más de una vez me he preguntado por la persona que habría dentro de ese personaje. Y siempre he terminado pensando que si esa persona procedía con abnegación, yo, sin dejar de ser adversario suyo, me sentiría obligado a respetarla.

ELENA.—También yo me he preguntado si la conducta de la señora de Leoben tendría por móvil la bondad, eso que ustedes llaman bondad, o el egoísmo de clase; si esa mujer sería tan sólo una aristócrata defendiendo con táctica nueva sus privilegios... (*Pausa.*) Bueno, tal vez seamos inoportunos; tal vez estemos representando con demasiada seriedad, como dos alumnos aplicados, nuestro papel de revolucionarios conscientes.

MARTA.—(*Entre grave y sonriente.*) Pablo, duro es el tribunal que ante mí habéis constituido. Más que hechos, tus discípulos pretenden juzgar intenciones... (*A ELENA y MIGUEL.*) ¿Me creerán ustedes si les digo lo que de ordinario es más difícil de creer, la pura o impura verdad? Impura, más bien, porque la pura verdad acerca de nosotros debe llevar consigo la imagen de nuestras propias impurezas... Diré a usted, señorita, que mi proceder ha tenido por móviles dos amores impuros: el amor a mi mundo, amor impuro, porque se ha visto obligado a aceptar demasiadas cosas de ustedes, los revolucionarios, y el amor al menesteroso, amor impuro, también, porque nunca he llegado a compartir la privación de aquéllos a quienes creía amar. Como ven, nada verdaderamente satisfactorio. (*Pausa, con tono ligero.*) Algo debo agradecerles: que no me hayan llamado ex-condesa, como desde hace días parece ser costumbre entre sus compañeros.

ELENA.—La razón, en este caso, no es impura; yo diría que es... hasta demasiado pura. Pablo: ¿me autorizas a convertir la confidencia en chisme? (*Asiente PABLO con gesto jovial.*) Un día dabas una conferencia acerca de la asunción del orden viejo en la futura sociedad proletaria, y a la salida alguien dijo: "Nuestro maestro planea un mundo de condes espectrales y proletarios tangibles". (*Ríen MARTA, PABLO y MIGUEL.*) Ya vé qué razones tan... archipuras nos impiden usar el "ex" ante los viejos títulos nobiliarios.

(*En este momento se abre la puerta del despacho del JEFE DE ESTACIÓN. Aparece éste y vacila un momento.*)

ESCENA X

MARTA, PABLO, ELENA, MIGUEL y el JEFE DE ESTACIÓN.

JEFE DE ESTACIÓN.—¿Me permiten, señores?

PABLO.—Adelante, jefe.

JEFE DE ESTACIÓN.—(*A MARTA.*) Mi mujer me encarga que le presente sus respetos.

MARTA.—Gracias, jefe; mil gracias.

JEFE DE ESTACIÓN.—Ha llegado un nuevo telegrama de Felsen. El tren sigue en la frontera.

MARTA.—Entonces, jefe, utilizaré su invitación y descansaré un poco en su casa.

JEFE DE ESTACIÓN.—(*Con una inclinación.*) Ya sabe que está a su servicio.

PABLO.—(*Mirando su reloj.*) ¿Hay comunicación telefónica entre la estación y Arnovia?

JEFE DE ESTACIÓN.—Normalmente, sí, señor; pero desde esta mañana está interrumpida.

PABLO.—Intentaré telefonear desde la ciudad. (A MARTA.)

Hasta luego, Marta. No tardaré. (A MIGUEL y ELENA.)

¿Queréis esperarme aquí?

MARTA.—(Despidiéndose de todos.) Hasta luego.

MIGUEL.—Aquí estaremos.

(MARTA se despide con una cortés inclinación de cabeza, y se dirige con el JEFE DE ESTACIÓN hacia las habitaciones de éste. PABLO sale hacia el exterior de la estación. Oyese cómo pone en marcha su automóvil y cómo va apagándose el ruido del motor. Quedan en escena MIGUEL y ELENA.)

ESCENA XI

MIGUEL y ELENA.

ELENA.—(Sentándose.) ¿Qué te parece todo esto, Miguel?

MIGUEL.—(Paseando por la sala de espera. Durante el diálogo entre ELENA y MIGUEL y, naturalmente, al margen del mismo, LOS EMIGRANTES se irán reagrupando en el andén.) “Todo esto” es, supongo, el encuentro de Pablo y Marta. (Breve pausa.) Marta: una mujer de calidad; lo que en su mundo suelen llamar “un fin de raza”. Me ha impresionado su dominio de la situación; y dentro de ese dominio, algo mejor que él: una persona viva, un ser humano que no se resigna a ser sólo lo que representa.

ELENA.—¿Y Pablo?

MIGUEL.—En cuanto a Pablo... Marta quiere a toda costa

conservar el pasado, y para conseguirlo trata de hacer suyo algo de lo que hemos inventado sus adversarios. Pablo vive proyectando un mundo proletario al cual se halle limpiamente incorporada toda la cultura de Occidente; nadie se ha esforzado tanto por lograrlo. La vida de Marta: un pasado que se desvive por hacerse futuro. La mente de Pablo: un futuro que se afana por no matar el pasado... ¿No es curiosa esta oposición... y esta simetría?

ELENA.—Bien curiosa. (*Breve pausa.*) Pero hay algo más: esa vieja amistad entre Pablo y Marta. Junto a las razones que da Pablo para explicar lo que ha hecho, ¿no habrá otras más... íntimas? Pienso si la ruptura de su amistad con Marta no habrá tenido algún papel en ese empeño suyo por... (*Sonriendo.*) introducir algún conde espectral en el mundo futuro.

MIGUEL.—Pablo Bromberg, nuestro Pablo... Nunca he sentido como ahora el orgullo de ser discípulo suyo. ¿A quién sino a él se debe que nuestro triunfo haya sido incruento? Los jefes de los sindicatos pudieron imponer, es cierto, la huelga general; pero ¿qué hubiese sucedido con un ejército y una policía dispuestos a resistir? Y fue Pablo quien lo impidió. ¡Qué fuego, qué vigor en su palabra, cuando discutimos con la comisión de oficiales! Todavía le estoy oyendo: "Un hombre. Ante un fusil, casi nada. Una cosita sonrosada y caliente que mira y grita o tiembla. Pero esa cosita piensa y siente, y esto le da un valor infinito, aunque parezca tan fácil la tarea de aniquilarla. ¿Dispararéis sobre ella sólo porque su grito dice que tiene hambre de pan y de justicia?" (*Breve pausa.*) Ha comenzado la hora estelar de Pablo. Y en ella, el destino le pone de nuevo ante Marta de Leoben. Acaso ante su amor. Ante el súbito despertar de un amor que dormía.

(Un hondo silencio sigue a estas palabras. Durante él, MIGUEL y ELENA se miran intensamente, y su mirada actualiza en ambos el amor que les une. Sus manos se buscan y se enlazan.)

ELENA.—*(Rompiendo el silencio, con gravedad y ternura en su voz.)* Otra vez, Miguel. Otra vez nuestro amor halla en nuestra mirada su chispa y su cauce. Otra vez la maravilla de sentir que nuestra vida se hunde en el presente, y que en el fondo de éste sólo hay una cosa: tú y yo, nosotros.

MIGUEL.—*(Con la misma entrañable gravedad.)* Sí, Elena... Otra vez este gozoso vértigo en que el pasado y el futuro desaparecen, sorbidos por la fuerza inmensa de nuestro presente. La felicidad ¿no consiste acaso en ser feliz sin esperanza?

ELENA.—Eso siento yo en mí, cuantas veces nos miramos como ahora.

MIGUEL.—Y yo. Y todos los que de veras han vivido una vez el amor. ¿Dónde está ahora el tiempo? ¿Dónde está el mundo? El canto de pájaro que oían Romeo y Julieta, ¿era canto de ruiseñor o canto de alondra, surgía en la noche o sonaba en la aurora? *(Mirando en torno a sí.)* ¿Qué muros nos rodean, los de una vieja estación de ferrocarril o los del palacio de Teseo? ¿Hay realmente muros en torno a nosotros? *(Pausa. Sintiendo que una veta de perplejidad moral ensombrece su éxtasis.)* Pero esto, ¿qué es, Elena? ¿Es puro gozo de ser lo que somos o traición a lo que debiéramos ser? Nuestros camaradas trabajan por afianzar el triunfo. Pablo va y viene para evitar que sobre la limpia piel de nuestra revolución caigan unas gotas de sangre. Y mientras tanto, tú y yo nos hundimos en un presente que nos hace olvidar el mundo y el tiempo.

ELENA.—No, Miguel, no es traición nuestro gozo. ¿Hay ac-

to humano valioso que en su raíz no lleve amor? Y cuando el amor se derrama en obras, ¿traiciona acaso la vocación y el deber del amante?

MIGUEL.—(*Pensativa, lentamente.*) Es verdad. ¿Traiciona a su deber el pintor cuando ama con su mirada el objeto que va a pintar?

ELENA.—No, Miguel. Si nuestra mirada tratase de ser un viaje sin retorno, tal vez cayésemos en la tentación del suicidio. “¡Qué dicha, que el morir de amar naciese!” Y si nuestro regreso al mundo no mejorase nuestra relación con él, tal vez traicionásemos el deber de hacer en él nuestra vida. (*Con vehemencia.*) Pero si la vuelta a la realidad de las cosas las perfecciona, entonces este maravilloso descubrimiento no es traición, sino fidelidad: fidelidad a nosotros mismos, al rincón del mundo en que existimos, al mundo entero. (*Más serenamente.*) Tal es mi sentimiento, Miguel, cuando miro a las cosas después de haberte mirado a ti.

(*Entra rápidamente PABLO, que ha oído las últimas palabras de ELENA. Su gesto preocupado y el tono inquieto y cortante de su voz rompen bruscamente el hechizo de la situación.*)

ESCENA XII

ELENA, MIGUEL y PABLO.

PABLO.—Amor, fidelidad... Buena dosis vamos a necesitar para hacer frente a nuestra situación. Traigo noticias graves.

MIGUEL.—(*Sorprendido.*) ¿Qué dices?

PABLO.—(*Rápida, tajantemente.*) He hablado con Arnovia. Pude alcanzar a Jan, y éste me ha dicho lo que allí está ocurriendo. Alguien llevó al Comité la noticia de la evasión de Marta. Han sospechado de mí —ya sabéis cómo me miran los “duros” del partido— y han ordenado un registro en su palacio. Dicen haber descubierto en él un depósito de armas. Imaginad el clamor en la sesión del Comité. El Comisario de Justicia decretó que el Tribunal Popular la juzgase en rebeldía. El Comisario de Orden Público ha dispuesto que una patrulla armada venga a toda prisa a la estación de Tarna. Se proponen detenerla antes de la salida del Eslavia-Exprés. (*Pausa.*) Ya veis que la situación es seria.

MIGUEL.—Más que sería, diría yo. ¿Qué podemos hacer?

PABLO.—Por lo pronto, dos cosas: comunicar a Marta lo sucedido, sin hablarle, claro está, de esa patrulla armada, y saber cuándo va a llegar el tren.

(*PABLO se acerca a la puerta del despacho del JEFE DE ESTACIÓN y la golpea con los nudillos. Sale el JEFE DE ESTACIÓN.*)

ESCENA XIII

PABLO, ELENA, MIGUEL y el JEFE DE ESTACIÓN.

PABLO.—(*Con ademán urgente, pero sin dureza.*) Jefe, ¿podría decir a la condesa de Leoben que baje cuanto antes?

JEFE DE ESTACIÓN.—Voy, señor.

(*Sale por la puerta de su despacho.*)

ESCENA XIV

PABLO, ELENA y MIGUEL.

PABLO.—¿Quién habrá sido el delator? Pero bien poco importa su nombre, junto a la delación misma.

MIGUEL.—¿No convendría ir en automóvil a la estación de Felsen, para que sea allí donde Marta tome el tren?

PABLO.—¿Y quién nos asegura que no llegaremos a Felsen demasiado tarde?

ELENA.—Es verdad. Esperemos las noticias del jefe.

(Breve silencio. Entra MARTA, acompañada por el JEFE DE ESTACIÓN.)

ESCENA XV

PABLO, ELENA, MIGUEL, MARTA y el JEFE DE ESTACIÓN.

MARTA.—¿Qué ocurre? ¿Noticias de Arnovia?

PABLO.—Sí. Ahora hablaremos de ellas. Entre tanto, convendrá saber cuándo va a llegar el tren. *(Al JEFE de ESTACIÓN.)* Jefe: que el telegrafista se ponga en relación con la frontera y averigüe si el Eslavia-Exprés ha salido hacia Tarna.

JEFE DE ESTACIÓN.—Inmediatamente, señor.

(Sale el JEFE DE ESTACIÓN por la puerta del andén.)

ESCENA XVI

PABLO, ELENA, MIGUEL y MARTA.

MARTA.—(A PABLO.) Ya puedes hablar sin reserva.

PABLO.—Han descubierto tu evasión. Se ha practicado un registro en tu residencia, y dicen haber encontrado en ella un depósito de armas. Hay una viva reacción contra ti. (*Con suavidad, sin la menor intención acusatoria.*) ¿Quieres decirnos, Marta, qué puede haber de cierto en ese rumor?MARTA.—(*Con dignidad y altivez.*) ¿Es que vuestro fanatismo revolucionario os impediría ayudarme, si esas armas hubiesen sido halladas en mi casa?

PABLO.—No, Marta. Pero necesitamos saber lo que haya, para adoptar las medidas necesarias.

MARTA.—Pues bien, Pablo. Sin juramentos ni ademanes solemnes, te diré, (*Mirando a ELENA y MIGUEL.*) les diré, que en mi casa no había otras armas que la colección de escopetas y fusiles de caza de mi marido. Fácil, pero burdo pretexto para mover una campaña de descrédito contra mí. ¿Para qué había yo de tenerlas? Si el ejército y la policía se hubiesen puesto al lado del Gobierno, sus armas habrían bastado. Y con el ejército y la policía del lado de ustedes, ¿qué podían hacer las armas que una mujer lograra reunir? (*Pausa.*) Armas... Otra razón más profunda impediría que en mi casa las hubiese: mi odio a la violencia; mi radical modo de entender el "No matarás" de mi religión; mi profunda estimación de la vida humana. Me despreciaría a mí misma si por mi cabeza, como por la de alguno de los

míos... y de los vuestros, hubiese cruzado la idea de conseguir mártires con la sangre ajena. No; no había armas en mi casa.

(Entra el JEFE DE ESTACIÓN por la puerta del andén y la deja abierta. Junto a ella, ANDRÉS.)

ESCENA XVII

PABLO, MARTA, ELENA, MIGUEL y el JEFE DE ESTACIÓN.

JEFE DE ESTACIÓN.—*(A PABLO.)* El tren ha cruzado la frontera. En este momento debe de estar saliendo de Felsen, y hasta aquí ya no tiene parada. Dentro de hora y media, a lo sumo, llegará a Tarna.

PABLO.—*(Con expresión preocupada.)* Bien. Tal vez sea suficiente.

(Entra ANDRÉS. Lo hace con timidez, como vacilando.)

ESCENA XVIII

Dichos y ANDRÉS.

ANDRÉS.—Perdón, señores, pero veo al jefe de estación ir y venir, y pienso si habrá alguna novedad. ¿Es que no va a llegar el tren?

PABLO.—Va a llegar el tren, y a todos nos conviene que

sea cuanto antes. *(Pausa. Viendo que todos quedan inmóviles y sin saber qué hacer, dice luego, queriendo ser jovial, pero con un leve acento de nerviosidad.)* Pero, entre tanto, ¿vamos a quedar aquí como piezas de un museo de figuras de cera? *(Matizando la expresión de cada frase.)* Marta, por favor, vuelve a descansar a las habitaciones del Jefe. Jefe, siga atendiendo a sus papeles. Tú, Andrés, cuida de tus emigrantes. *(A MIGUEL y ELENA.)* Y vosotros, haced provisión de amor en vuestras almas; lo vais a necesitar en Arnovia. *(Breve pausa. Paseando la mirada por las paredes del recinto, mientras los restantes personajes van poniéndose en movimiento.)* Sala de espera... Hoy vas a merecer de veras tu nombre.

(Cae el

T E L O N

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

GRUPO DE EMIGRANTES y PABLO.

(El mismo escenario que en el primer acto. Ha avanzado el crepúsculo. Al levantarse el telón, el GRUPO DE EMIGRANTES canta, mientras PABLO, en silencio y con expresión meditabunda está sentado en uno de los sillones de la sala de espera.)

GRUPO DE EMIGRANTES.

Ayer estaba en la tierra,
mañana estaré en el mar.
Pero el mar que a mí me espera
no sé yo cómo será;
si tendrá las aguas verdes,
si negra el agua tendrá.
Ayer estaba en la tierra,
mañana estaré en el mar.

(Al terminar su canción, va dispersándose el GRUPO DE EMIGRANTES. A los pocos segundos, se abre la puerta del despacho del JEFE DE ESTACIÓN y aparece MARTA.)

ESCENA II

MARTA y PABLO.

MARTA.—Es inútil, no puedo descansar. Y no es la pérdida violenta de mi vida anterior lo que me impide. He aceptado el golpe, y quiero vivir. Lo que me inquieta es el recuerdo de ciertas reticencias tuyas. ¿Por qué dijiste “tal vez sea bastante” cuando nos comunicaron que el tren puede llegar dentro de hora y media? ¿Por qué? invitaste a Elena y Miguel a llenar de amor sus almas? ¿Qué me ocultáis?

PABLO.—(*Sonriendo un poco forzadamente.*) Nada, Marta. Recomendar a las gentes que se provean de amor, ¿no es cosa que debe hacerse oportuna e importunamente?

MARTA.—Por favor, Pablo... No me trates como a niña incapaz de soportar la verdad. Ni soy ya niña, ni es así la mujer a quien hiciste llegar el salvoconducto. (*Con energía.*) Necesito saber la verdad. Hasta hace pocos días, frente al futuro quería... conservar. Ahora quiero algo más importante: quiero vivir. Y para vivir, debo saber sin rodeos lo que me espera.

PABLO.—(*Después de una breve pausa. Lenta y gravemente.*) Tienes razón. Por su carácter, así hubiera hablado la Marta que conocí; por su papel en el mundo, así tenía que hablar la mujer que aquella Marta ha sido luego... (*Pausa.*) Pude comunicarme con un amigo. Después del registro de tu casa, has sido juzgada en rebelión por el Tribunal Popular, a la vez que una patrulla armada salía hacia la estación de Tarna, para prenderte. Todo ha ocurrido pocas horas después de haber salido nosotros de Arnovia.

MARTA.—(*Pensativa.*) ¿Cuál ha sido la sentencia del Tribunal Popular? ¿Qué han decidido sobre mí?

PABLO.—No lo sé, Marta. Te juro que no lo sé. Cuando dije “tal vez sea bastante”, sólo a esto me refería.

MARTA.—(*Después de un silencio breve e intenso, mira su reloj.*) Lo cual quiere decir que falta una hora para saber si salgo en el Eslavia-Exprés hacia la libertad, o regreso detenida a Arnovia. Tenías razón: esta sala de espera está siendo implacablemente fiel a su nombre. En ella he aprendido lo que realmente es esperar.

PABLO.—Se puede esperar de muy distintos modos. Es seguro que el tren llegará a Tarna antes que la patrulla. Pero, entre tanto, ¿no sería preferible que te ocultases?

MARTA.—(*Serenamente, asumiendo con dignidad su papel.*) No, Pablo, no me oculto. Esperaré aquí y afrontaré lo que sea.

PABLO.—¿Me permites utilizar tus propias palabras? Desde que entraste en esta sala de espera has dejado de ser la aristócrata cuya detención han ordenado en Arnovia. Eres tan sólo una mujer que quiere ser libre y vivir. Y para garantizar del mejor modo tu vida y tu libertad, creo conveniente que te ocultes hasta la llegada del tren.

MARTA.—No, Pablo. No me oculto.

PABLO.—¿Pierdes algo, Marta, por adoptar esta precaución?

MARTA.—Algo pierdo, sí. (*Pausa.*) Antes distinguías en mí el personaje y la persona: una mujer que por ser fiel a su puesto en el mundo ha hecho tales y tales cosas en nuestro país, y la mujer que libremente quiso ser ese personaje pudiendo haber sido otro distinto; más aún, pudiendo en cualquier momento matarlo para iniciar una vida nueva. Eso he hecho yo con Marta de Leoben, en mi viaje de Arnovia a Tarna.

PABLO.—(*Interrumpiéndola.*) Y esa vida nueva es justamente la que yo quiero defender.

MARTA.—Gracias, Pablo. Hace unas horas, cuando en la primera soledad del exilio decidí matar lo que en mí era personaje, tal vez hubiese aceptado tu propuesta. Pero tus camaradas no me dejan enterrar el cadáver de la mujer que fui. Con su decisión de prenderme, han logrado que mi pasado me persiga y me han hecho descubrir que no puedo renunciar a él. Pensé hacer de ese pasado lo que la serpiente hace de su piel gastada, y ahora veo que si esa piel no es parte esencial de mi alma, sí lo es de mi destino. Cuando en mi intimidad me hallo más lejos de ser la mujer que llamáis Marta de Leoben, más obligada me siento a serlo en mi conducta. (*Resueltamente.*) No, Pablo: no me ocultaré.

PABLO.—(*Con apremiante solicitud.*) No me resigno a ello. El tren llegará a tiempo; pero es preciso asegurarnos de que podrás salir en el de mañana, si no pudieses hacerlo en el de hoy.

MARTA.—Para tí, lo decisivo ha sido siempre proyectar el futuro. Yo hice mi casa del pasado, y ahora descubro que el pasado me envuelve y me obliga. (*Con patetismo, pero sin énfasis heroico.*) En mi soledad, cuando mi vida de ayer era sólo mía, me sentía con fuerzas para renunciar a ella. Ahora, cuando por ella me persiguen, no puedo repudiarla. (*Con deliberada jovialidad.*) Pero el tren llegará a tiempo, y mañana, todo esto sólo será el recuerdo de un mal sueño.

(*Por la puerta del andén se asoma el JEFE DE ESTACIÓN, seguido por ANDRÉS. Ambos se detienen, mientras el JEFE DE ESTACIÓN pide permiso para acercarse a MARTA y PABLO.*)

ESCENA III

MARTA, PABLO, JEFE DE ESTACIÓN Y ANDRÉS.

JEFE DE ESTACIÓN.—(*Cortesmente.*) ¿Me permiten?

PABLO.—Pase, jefe. Usted es el dueño de esta casa.

JEFE DE ESTACIÓN.—(*Acercándose.*) Hemos pedido noticia del tren a todas las estaciones del trayecto. Acaban de decirme que ha pasado a toda marcha por Bredno. Dentro de una hora estará aquí.

PABLO.—Confiemos en que así sea.

ANDRÉS.—(*A PABLO, con visible timidez.*) Perdón, señor. ¿Me sería posible dirigirme a la señora?

PABLO.—No creo que ella tenga inconveniente. (*A MARTA.*) Marta, quiere hablarte Andrés Rádek, jefe de un grupo de emigrantes que espera, como nosotros, la llegada del tren.

MARTA.—Con el mayor gusto le escucharé, Andrés. ¿Acaso ha trabajado usted en mis tierras?

ANDRÉS.—No, señora, y más de una vez lo he sentido. Las tierras que yo y los míos trabajábamos tenían un corazón más duro. (*Breve pausa.*) Ya le han dicho a la señora que mis compañeros y yo pensamos tomar el tren de esta noche. Y como donde hay personas todo corre, hemos sabido que la señora va a tomar ese mismo tren y que los del nuevo gobierno quieren impedirlo. (*Pausa.*) Poco valemos nosotros, pero cuando los tiempos andan revueltos, el ser poco es lo más seguro. Si en esto no ve ofensa la señora, mis compañeros y yo hemos pensado que cambiándose de ropa podría esperar con nosotros la llegada del tren. Tenemos los papeles en regla, y es seguro que nadie sospechará.

MARTA.—Gracias, Andrés. Si lo que hice yo en nuestro

país vale algo, me doy por bien pagada con estas palabras tuyas. Gracias. Pero no puedo aceptar. No porque me resista a cambiar mis ropas por las vuestras, y tampoco porque no estime el valor de vuestro ofrecimiento. Es que no debo ocultarme. Así se lo decía al señor Bromberg (*Señalando a PABLO.*) hace un momento.

PABLO.—Me permito insistir, Marta. Acepta la propuesta de este hombre. Piensa en lo que ella significa: los campesinos de nuestro país quieren ayudarte a conseguir la libertad.

MARTA.—Es verdad. Acaso tenga algún sentido la solidaridad entre nosotros, fugitivos, por una razón u otra, de este viejo país nuestro... Pero no puedo aceptar; y menos, disfrazándome de lo que no soy. Se empeñan en que siga siendo personaje, y un personaje no puede usar disfraz sin que éste le descomponga la figura... Si me detienen esta noche, prenderán, sin ocultamientos ni disfraces, a Marta de Leoben. (*Sonriendo.*) Y si el tren llega a tiempo, como espero, Marta de Leoben será quien hoy suba al Eslavia-Exprés. (*Pausa.*) Gracias, Andrés. Te aseguro que no olvidaré vuestro gesto.

ANDRÉS.—Entonces, señora, permítame que me retire. Ya sabe que puede contar con nosotros.

MARTA.—Adiós, Andrés. En el tren nos veremos de nuevo.

(*Sale ANDRÉS por la puerta del andén.*)

JEFE DE ESTACIÓN.—Con su permiso, también yo voy a retirarme. Debo preparar unos papeles antes de la llegada del tren. Mis habitaciones siguen a su disposición.

MARTA.—Gracias, jefe. No tardaré en subir de nuevo. (*Sale el JEFE DE ESTACIÓN por la puerta de su despacho.*) En cuanto a descansar... habré de esperar a verme en el tren. O más allá del tren, no sé todavía dónde...

PABLO.—(*Resignado.*) Debo aceptar tu decisión. Mientras

estás en las habitaciones del jefe, intentaré conseguir otra conferencia con Arnovia. Hasta luego.

(Salen MARTA y PABLO, ella por la puerta del despacho del JEFE DE ESTACIÓN, él por la que conduce al exterior de la estación. Queda la escena sola. Oyese el ruido del coche de PABLO que se aleja. Hondo silencio. A poco, entra EL FUTURO. Vestirá como indique el director de escena.)

ESCENA IV

EL FUTURO.

EL FUTURO.—*(Entra sigilosamente y se dirige al público.)*

Soy, me apresuro a decirlo, el personaje más importante de este drama. En todo momento estuve en escena, aunque ustedes no me hayan visto. Es verdad que me encuentro y actúo en todo lugar donde haya hombres; pero en pocas partes es tan notoria mi presencia como en las salas de espera de las estaciones. Ea, no quiero demorar más mi presentación: soy... el Futuro. Sí, el Futuro, esa invisible realidad que las cosas tienen antes de hacerse presentes, antes de ser. Unos me ansían y otros me temen; muchos tratan de imaginar mi rostro indeciso y no pocos quieren desconocerme, cerrando ante mí sus ojos medrosos. ¿Cuántos no han sido los hombres que desde la Edad de Piedra han intentado adivinar mi figura en profecías, vaticinios, horóscopos, globos mágicos y predicciones más o menos científicas? Pero nunca me ven, nunca pueden verme; ven tan sólo mi cadáver. Salvo que estén enamorados, ¿qué es lo que

los hombres suelen llamar el Presente, sino mi cadáver, el yerto cadáver del Futuro?

Díganme ustedes ahora si no estuve yo en escena. Dialogando entre sí, Pablo, Marta, Miguel, Elena, Andrés y hasta este pobre Jefe de Estación, que no espera sino seguir viendo cómo ante la suya pasan los trenes, no han hecho otra cosa que esforzarse por divisar mi rostro. (*Pausa.*) Pablo ha consagrado su vida al empeño de proyectarme. No le basta con imaginar mis facciones, aspira a determinarlas con sus proyectos; y si mi cadáver —quiero decir, su presente— no corresponde a la previsión que él, con su inteligencia, hizo de mí, siente que su realidad tambalea y no queda tranquilo hasta que ha forjado otro proyecto más atentamente calculado. ¿Qué hay para Pablo más allá de sus proyectos? Algunos como él dicen con desesperación: nada. O bien, más tajante y ambiciosamente: la nada. Pablo, en suma, aspira a ser mi tirano. (*Pausa.*) Tampoco Marta me concede mucho. Para ella, yo no sería otra cosa que la perduración de sus recuerdos. Pero con mi cadáver, con la novedad presente que ella no esperaba, yo le voy demostrando día tras día que su empeño es imposible. (*Con énfasis irónico.*) ¡Yo, el Futuro, no puedo ser la simple repetición del pasado! ¿Qué va a hacer Marta en este arduo presente suyo, tan distinto de todo cuanto su alma podía recordar y esperar? (*Pausa.*) Andrés es mejor amigo mío. El sabe esperar más allá del término feliz o desgraciado de sus proyectos. Pero el fracaso de esas ocasionales esperanzas suyas no mata en su alma la raíz de que ellas brotan; y ustedes, que hablan tan buen castellano, saben muy bien que la raíz de las esperanzas no es otra cosa que la esperanza. (*Pausa.*) Miguel y Elena... ¿Necesitaré decir a ustedes que ellos, como todos los enamorados, son

mis verdaderos amigos entre los hijos de Eva? Ellos —los supremos usuarios de la palabra “siempre”— son los únicos para quienes no muero, los únicos que con su vida transfiguran y eternizan la mía... Alguien ha escrito que los enamorados “en todas partes y en ninguna tienen su casa”. Sea cual fuere el rostro de su presente, logran incorporarlo como suyo a la realidad de sus vidas. Aunque haya ocasiones, cuando de veras arrecian la miseria y el dolor, en que esa faena no es precisamente una suave cosa.

Pablo, Marta, Andrés, Miguel y Elena: cuatro modos distintos, más o menos amistosos, de habérselas conmigo. Ninguno, en efecto, me es absolutamente hostil. Enemigos míos, lo que se dice verdaderos enemigos míos, sólo lo son cierto género de suicidas; pero esto es harina de otro costal y esta noche no debo hablarles más que de lo que están viendo. Pablo, Marta, Andrés, Miguel y Elena... El futuro tiene hoy para todos ellos una misma figura —la llegada de un tren a la estación de Tarna—, y les apremia. ¿Cuál será para todos ellos la figura visible de mi rostro? Pronto van a saberlo ellos y ustedes. Mientras tanto, aun cuando ni ellos ni ustedes logren verme, voy a seguir en escena.

(Vase.)

ESCENA V

JEFE DE ESTACIÓN Y TELEGRAFISTA

(A la salida del FUTURO queda sola la escena durante unos segundos. Al cabo de ellos, como al comienzo del primer acto, sale el JEFE DE ESTACIÓN por la puerta de su des-

pacho hacia la del andén, y se encuentra en ésta con el TELEGRAFISTA.)

JEFE DE ESTACIÓN.—¿Algo nuevo?

TELEGRAFISTA.—Sí, nuevo retraso. Acaban de comunicarlo desde Kielce. La sospecha de una voladura de la vía les ha obligado a detener el tren, y no se atreven a darle salida sin haber comprobado que ese rumor es falso. Volverán a telegrafiar tan pronto como el tren salga.

JEFE DE ESTACIÓN.—(Con expresión preocupada.) ¿Y qué hacemos ahora? ¿Lo decimos o no lo decimos a los que esperan? (Viendo a través de la puerta del andén a MIGUEL y ELENA, que en aquel momento llegan a la estación.) Hombre, aquí viene la pareja joven. Que ellos decidan lo que conviene hacer.

(Entran MIGUEL y ELENA.)

ESCENA VI

JEFE DE ESTACIÓN, TELEGRAFISTA, MIGUEL y ELENA.

MIGUEL.—(Entrando.) Buenas tardes, amigos. ¿Nuevas noticias?

JEFE DE ESTACIÓN.—Sí, y no buenas. Por lo pronto, aumenta el retraso del tren. La sospecha de un desperfecto en la vía ha obligado a detenerlo en la estación de Kielce. (Pausa.) Ustedes dirán lo que en estas circunstancias debemos hacer. (Con intención en su acento.) La condesa de Leoben sabe ya que viene una patrulla para prenderla.

MIGUEL.—(Pensativo, después de un breve silencio.) Gracias, jefe. No digan nada de este nuevo retraso a la se-

ñora de Leoben. Al señor Bromberg, nosotros le comunicaremos lo ocurrido.

JEFE DE ESTACIÓN.—Tengo entendido que el señor Bromberg ha ido de nuevo a la ciudad.

MIGUEL.—Así podemos pensar con calma lo que conviene hacer.

JEFE DE ESTACIÓN.—Decídanlo ustedes. Les tendremos al corriente de lo que ocurra.

(Salen, cada uno por su puerta, el JEFE DE ESTACIÓN y el TELEGRAFISTA.)

ESCENA VII

MIGUEL y ELENA.

MIGUEL.—*(Con preocupación.)* No se puede decir que nuestra espera vaya siendo cosa llana.

ELENA.—¿Qué hacemos? ¿Diremos a Pablo lo sucedido?

MIGUEL.—No. ¿Para qué aumentar inútilmente su preocupación? En mil ocasiones ha sido Pablo nuestro padre. En ésta, tú y yo seremos padres de Pablo. Cualquiera que sea su edad, ¿qué hombre ha conquistado pleno derecho a dejar de ser hijo? No diremos nada a Pablo.

ELENA.—Pero ¿cómo eludir la respuesta, cuando él pregunte por la marcha del tren? ¿Querrá callar el jefe de estación?

MIGUEL.—Algo hay que inventar para que nadie toque el tema. *(Pasea y piensa en silencio.)* ¡Ya está! Creo que es una buena idea.

ELENA.—¿Qué has pensado?

MIGUEL.—Se trata de un juego entre divertido y dramático. Permíteme que por el momento no te dé más detalles. *(Breve pausa.)* Salvo el telegrafista, debemos reunirnos todos los que hoy hemos coincidido aquí: Pa-

blo, Marta, el Jefe de Estación, Andrés y nosotros dos. Cuanto antes, mejor.

ELENA.—(*Reprimiendo su curiosidad.*) Bien, tendré paciencia. ¿A quién llamamos en primer lugar?

MIGUEL.—Al Jefe de Estación. El avisará a Marta.

.(Se acerca a la puerta del despacho del JEFE DE ESTACIÓN y la golpea con los nudillos. Sale el JEFE.)

ESCENA VIII

MIGUEL, ELENA y el JEFE DE ESTACIÓN.

JEFE DE ESTACIÓN.—(*Saliendo.*) ¿Qué desea? ¿Han pensado algo?

MIGUEL.— Por lo pronto, vamos a reunirnos aquí todos los que el azar —o el destino— ha congregado hoy en la estación de Tarna. Por favor, ruegue en mi nombre a la señora de Leoben que baje a la sala de espera. Tú, Elena, ve al andén e invita a venir a Andrés Rádek.

(Salen el JEFE DE ESTACIÓN y ELENA. Queda en escena MIGUEL, que va colocando los sillones de la sala de espera en torno a la mesa central)

ESCENA IX

MIGUEL, ELENA, JEFE DE ESTACIÓN, MARTA y ANDRÉS.

(Apenas ha terminado MIGUEL de colocar los sillones entran MARTA y el JEFE DE ESTACIÓN)

por la puerta del despacho de éste, y ELENA y ANDRÉS por la del andén.)

MIGUEL.—(A MARTA.) No sé si me he excedido rogándole que se reúnan con nosotros. He pensado que no deberíamos separarnos sin una despedida formal cuantos nos hemos encontrado hoy en la estación de Tarna. (A ANDRÉS.) Lo mismo te digo a ti, Andrés Rádek.

MARTA.—Excelente idea. Sobre todo, para mí. La soledad de quien no sabe si teme o espera, pronto se llena de fantasmas.

ANDRÉS.—También yo la encuentro bien.

(Oyese la llegada del coche de PABLO, y éste entra en la sala de espera.)

ESCENA X

DICHOS Y PABLO.

PABLO.—¿A qué se debe este cambio en el mobiliario? ¿También a las salas de espera llegan vientos de reforma?

MIGUEL.—(Jovialmente.) Pronto vas a saberlo. Por favor, Pablo, siéntate aquí. Y usted, jefe, aquí. Y Andrés Rádek, aquí. Tú, Elena, actuarás como secretaria. (Va instalando a todos en los asientos que previamente haya designado el director de escena.) Y yo, (Ocupando con fingida solemnidad el asiento central, como si cumplierse funciones de presidente de una Junta o Consejo.) aquí.

(Todos obedecen con gesto intrigado y ocupan sus respectivos asientos.)

PABLO.—Veamos qué plan estratégico va a ser discutido en esta asamblea.

MIGUEL.—(*Puesto en pie.*) Algo más grave vamos a discutir. (*Afectando irónicamente un moderado tono oratorio.*) Hemos pensado Elena y yo, señores, que no debíamos separarnos sin una despedida formal y casi, casi solemne; algo distinto del simple apretón de manos de las despedidas triviales. "Partir es morir un poco", suelen decir los franceses. Sin duda. Mas también quedarse es morir un poco. ¿Acaso el que se queda en el andén no pierde la compañía que le regalaría el que se va, si no partiese? (*Pausa.*) Pero noto que me estoy poniendo demasiado serio, y la seriedad nunca debe ser excesiva. Si a ustedes les parece, vamos a convertir esa grave interrogación en amistoso juego de azar. (*Pausa.*) Dentro de poco tiempo va a partir de Tarna el Eslavia-Exprés. Algunos de nosotros se irán en él; otros nos quedaremos en Tarna. Pues bien, yo les propongo que cada uno vaya diciendo ante todos los que piensa qué va a ser de él en el curso de un año, y que todos nos comprometamos a comunicar a los restantes dentro de un año justo —(*Pensando un momento*) puesto que hoy es treinta de octubre, el treinta de octubre del año próximo— lo que realmente ha sido nuestra vida. Este juego de azar, este... desafío al futuro, no tendrá más ganancia, claro está, que la satisfacción de haber acertado. ¿Qué les parece mi proposición?

JEFE DE ESTACIÓN.—La verdad es que reuniones como ésta no vienen previstas en mi reglamento. Pero pensando que antes del Eslavia-Exprés ya no ha de entrar en la estación ningún tren, no veo inconveniente en asociarme a la despedida.

PABLO.—(*Con jovialidad.*) Tampoco yo.

MARTA.—(*Visiblemente complacida.*) Por mi parte, accedo.

ANDRÉS.—No voy a ser yo quien descomponga la reunión.

MIGUEL.—Comencemos, pues, nuestro Desafío al Futuro. Demostremos a ese valentón que somos capaces de imaginarlo tal y como es. Jefe, ¿me hace el favor de empezar el juego? ¿Qué va a ser usted hasta este mismo día del año próximo?

JEFE DE ESTACIÓN.—(*Se levanta, y después de unos segundos de vacilación, comienza a hablar. ELENA habrá sacado una libreta, de su cartera y hará ademán de tomar notas en ella.*) Bueno, yo no espero grandes novedades en mi vida. Si no llega otro día como éste —bien puede ser, tal como van las cosas—, seguiré dando la entrada y la salida a los trenes que pasan por mi estación. Unas veces sobre las nieves del invierno, otras bajo los soles del verano; esta será toda la variación. Despacharé papeles, discutiré con mi mujer, regañaré a mi hijo cuando traiga malas notas del colegio... y estaré un año más cerca de mi retiro. Sí, esto va a ser todo. (*Pausa.*) Claro que además del futuro que voy a tener está el futuro que no tendré. Ese que ciertas noches hacen nacer en mí los trenes de lujo. Llegan a Tarna, se detienen aquí unos minutos, me fascinan con la luz blanca o verdosa que sale de sus ventanillas, me hacen imaginar por un momento una vida imposible, lejos de mi estrechez, y mi rutina de Jefe de Estación, y una y otra vez se la llevan consigo. También esto sucederá de cuando en cuando a lo largo del año. (*Nueva pausa.*) Algo más me viene a la cabeza. En Arnovia ha triunfado la revolución popular y hay nuevo gobierno. No creo que se metan conmigo; no tienen por qué hacerlo. Tampoco espero que me favorezcan gran cosa. Mejorarán los mozos de carga, los factores y los ingenieros de la Compañía; pero nosotros, los Jefes de Estación, no creo que ganemos mucho con el cambio. In-

convenientes de trabajar en una profesión que no es ni carne, ni pescado.

(*Se sienta.*)

PABLO.—(*Sin levantarse.*) Jefe, creo que va a equivocarse en su pronóstico. Procuraremos en Arnovia que vaya mejorando su suerte. Nadie trabajará en nuestro país sin vacaciones pagadas, y habrá ocasiones en que por unos días sea real para usted ese futuro que le hacen soñar los trenes de lujo.

MIGUEL.—Bien, hemos oído la predicción del Jefe. Oigamos ahora la de nuestro amigo Andrés Rádek.

ANDRÉS.—(*Se pone en pie. Inseguro al comienzo, pero con seguridad y firmeza crecientes.*) Yo..., ¿qué les voy a decir...? ya saben lo que espero. El tren nos llevará a mí y a los míos hasta el barco, y el barco hasta América. Dentro de un mes, tomaremos posesión de las tierras que nos han concedido. Y tan pronto como sean nuestras, compraremos a crédito los aperos de labranza y comenzaremos a trabajarlas. (*Pausa.*) Me veo metiendo la reja del arado en una tierra que ya es mía. Ustedes, los de la ciudad, no pueden saber lo que esto es para un hombre. Rompe el arado la piel de la tierra, y parece como si ésta le dijese a uno a través de la herida: "Soy tuya, soy tuya". Y luego, la sembradura. Y mientras la mies crece, la preparación de un rinconcito de huerta donde sea fácil llevar el agua. Y después, a esperar que el trigo grane, y el goce de ver cómo cabecean las espigas con el aire de la tarde, y la siega... Dicen que hasta dos cosechas pueden salir de aquel campo. Todo esto va a ser para mí el año que ahora empieza.

(*Se sienta.*)

JEFE DE ESTACIÓN.—Mucho esperar es eso, Andrés. ¿Quién

te dice que una mala tormenta o un temblor de tierra no arrasarán en pocas horas tu casa o tu cosecha?

ELENA.—¿O que una partida de bandidos, que allí los hay, por lo que cuentan, te deje un día sin blanca sobre tus propias tierras?

ANDRÉS.—Pues si eso ocurre, volveré a sembrar, que la tierra siempre responde a quien la trata bien. Y si vienen bandoleros, encontrarán que ni éstos (*Señalando a los suyos*) ni yo somos mancos cuando hay que defender lo nuestro. Pero América acabará dándonos lo que ha dado a otros. De eso estoy seguro.

PABLO.—Bien lo merece tu esperanza, Andrés. Mucho va a alegrarnos que al fin tengas lo que siempre deseaste.

MIGUEL.—Pablo, ¿quieres ser tú quien continúe el juego? Como empresarios del mismo, Elena y yo nos reservamos el derecho de hablar al final.

PABLO.—(*Se levanta y comienza a hablar con sencillez y afabilidad profesoras.*) Para mí, el año que en este momento empieza va a componerse de dos períodos de muy desigual duración. El primero durará una hora escasa: el tiempo que el tren tarde en venir. Hasta entonces, mi futuro será, muy exclusivamente, una impaciente espera. Me limitaré a esperar; no podré hacer otra cosa. (*Breve pausa.*) Luego vendrá el tren, y despediré, con ustedes, a la condesa de Leoben y a Andrés y los suyos. Y a continuación, Miguel, Elena y yo agradeceremos a nuestro amigo el Jefe sus atenciones y regresaremos a Arnovia. (*Pausa.*) Sí, ese va a ser mi futuro inmediato. (*Otra breve pausa.*) El segundo período de este año...

ESCENA XI

DICHOS y el TELEGRAFISTA.

(En este momento aparece el TELEGRAFISTA en la puerta del andén y hace una seña al JEFE DE ESTACIÓN, que estará sentado en un sillón desde el cual pueda verle. El TELEGRAFISTA se acerca al JEFE DE ESTACIÓN y le habla un momento al oído. Luego quedará junto a la mesa, en pie, hasta que se indique su salida.)

JEFE DE ESTACIÓN.—*(Levantándose.)* Buenas noticias. Después de una breve parada en Kielce, el tren sigue su marcha hacia Tarna. Dentro de cuarenta minutos estará aquí.

(Discreta, pero visible señal de alivio en MIGUEL, ELENA y PABLO. Este habrá mirado su reloj.)

MIGUEL.—Bravo, nos acercamos al final. Y puesto que el tiempo urge, oigamos la segunda parte del pronóstico de Pablo.

PABLO.—*(Con mayor animación que antes, aunque sin perder el tono profesoral.)* El segundo período comenzará para mí con el regreso a Arnovia. No va a ser un año fácil. Hay que asegurar el triunfo de la revolución, y esto, contra lo que suelen pensar las mentes simples, no es mera cuestión de energía y organización; es también empresa de imaginación e inteligencia. Si sus conductores no se limitan a explotar el cansancio del pueblo, el triunfo de una revolución exige de ellos un vigoroso esfuerzo inventivo. Sabéis bien cuáles van a ser

las metas del mío: una situación social en que se realicen la justicia y la libertad, y una situación histórica en que el pasado haya sido limpiamente asumido en el presente. (*Breve pausa.*) Sé muy bien que esto no es fácil, porque la violencia y la saña sofocan más de una vez la obra de la inteligencia. Pero el triunfo de una y otra es siempre pasajero, si la mente sabe ser tenaz. Vistas en el curso entero de la historia, la violencia y la saña no pasan de ser, como diría uno de mis filósofos, ardidés de la razón, enigmáticos rodeos de una razón que a través del tiempo prosigue su inexorable marcha ascendente. Trataré de contar con ellos, y dentro de un año os informaré sobre el estado y los frutos de mi lucha.

ELENA.—(*Con amistosa ironía.*) Muy... abstracto ha sido el pronóstico del profesor Bromberg acerca de su futuro. ¿Es que el recuerdo de esta tarde no va a existir en él durante el año próximo?

PABLO.—¿No has percibido en mis palabras, Elena, el vaticinio de ese recuerdo? Seré más explícito. Voy a actuar en Arnovia teniendo muy presentes las personas a quienes luego despediremos. Quiero que Andrés y los suyos triunfen en América; pero también que vuelvan a su tierra y que, al volver, una vida nueva les impida añorar las mieses de allá. (*Con más grave e íntimo acento, y dirigiéndose muy personalmente a MARTA.*) Y quiero que vuelva la condesa de Leoben. (*Breve pausa.*) No; la condesa de Leoben, no. Quiero que vuelva esta Marta en que renace la estudiante de Historia que hace veinte años conocí... (*Con intensidad.*) La esperaré. La espero desde esta noche.

(*Se sienta.*)

MIGUEL.—(*Dirigiéndose a MARTA.*) Y ahora, si la señora condesa de Leoben quiere decirnos lo que ella espera...

MARTA.—(*Levantándose.*) ¡Oh, lo mío es bien fácil! Temo, claro está, que el tren no llegue a tiempo. Pero si el tren llega, todo en mí ya es esperanza. ¿Dónde encontrará mi vida nuevo asiento? ¿En París? ¿En Nueva York? ¿En Buenos Aires? No lo sé, y no me atrevo a predecirlo. ¿Qué haré en la ciudad a donde me lleve la suerte? Sobre esto es menor mi incertidumbre. Algo no haré: aceptar los dorados empleos que el mundo del dinero suele ofrecer a los supervivientes del orden antiguo. No regiré un gran hotel, no dirigiré las relaciones públicas de una casa de modas... No quiero perder el contacto con el dolor de los humildes. Y mientras con mi esfuerzo llego a ser yo misma, cosa tan fácil de decir como difícil de hacer, os recordaré a vosotros y recordaré a mi país. ¿Con nostalgia del país mismo? Sin duda. Este cielo, este suelo, estas viejas ciudades nuestras... ¿Con añoranza de la vida que yo y los míos hemos hecho, pensando que nos pertenecía para siempre? Tal vez no. Lealmente os lo diré dentro de un año. (*Breve pausa.*) Así veo mi futuro: un constante afán de ser lo que yo quisiera ser y un íntimo deseo de regresar. (*A PABLO, con un leve temblor en la voz.*) Sí, Pablo, también yo quiero volver. Siento que mi vida quedaría incompleta si yo no volviese... Pero no debo y no puedo hacerlo mientras el cadáver del personaje que aquí fui no haya sido dignamente enterrado por mis compatriotas.

(*Se sienta. Breve silencio.*)

MIGUEL.—Memorable día... Bien, ahora nos toca hablar a los organizadores. ¿Quieres decirnos, Elena, cómo ves tu vida en el año que hoy comienza?

ELENA.—(*Poniéndose en pie.*) Mi respuesta va a ser breve... y confidencial. Yo espero que mi vida me permita cumplir día a día una triple fidelidad. Estoy segura de

ser fiel a mi amor a Miguel Wronski, a nuestra amistad con Pablo Bromberg y a la revolución que tan limpia y prometedoramente ha comenzado en este país...

ESCENA XII

DICHOS, el SARGENTO DE MILICIAS, MILICIANOS 1.º y 2.º

(Cuando ELENA está acabando de hablar, se oye el ruido de un coche que se detiene en el exterior de la estación. Silencio y gesto de alarma en todos los personajes, que paulatinamente se irán levantando de sus asientos. Ese general silencio es interrumpido por el SARGENTO DE MILICIAS, que con voz enérgica da órdenes de, mando.)

SARGENTO DE MILICIAS.—*(Fuera de la escena.)* Vosotros dos, al lado norte de la estación. Vosotros, al lado sur. Nosotros entraremos en la sala de espera. *(Penetra en la sala de espera el SARGENTO DE MILICIAS seguido por dos MILICIANOS. Vestirán uniforme adecuado a su condición, pero sin el menor aire caricaturesco en su apariencia. Los dos MILICIANOS llevarán sendos fusiles. Entrando en escena, con voz enérgica.)* De orden del Comité Central. ¿El camarada Pablo Bromberg?

PABLO.—Yo soy.

SARGENTO DE MILICIAS.—*(Entregándole un sobre.)* Tengo órdenes de entregarte este sobre.

(Se lo entrega, y PABLO lo deposita sobre la mesa.)

PABLO.—¿Nada más?

SARGENTO DE MILICIAS.—Para ti, nada más. (*Breve pausa.*)

¿La mujer que llaman Marta de Leoben?

MARTA.—Yo soy.

SARGENTO DE MILICIAS.—Cumpliendo una sentencia del Tribunal Popular, a ti debo detenerte.

MARTA.—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo para que se me detenga?

PABLO.—(*Adelantándose.*) ¿Dónde está la orden de detención?

SARGENTO DE MILICIAS.—(*Duramente.*) La orden de detención la he recibido de quien podía dármela. No tengo por qué dar más explicaciones. Pero creo que es motivo suficiente y sobrado el hallazgo de un depósito de armas en el domicilio de la detenida.

MARTA.—¿Lo ha visto usted, acaso?

SARGENTO DE MILICIAS.—Lo han visto quienes hicieron el registro. Y el Tribunal Popular ha resuelto sobre el caso todo lo que había que resolver.

MARTA.—Entonces, no intentaré convencerle de la verdad. Los que no han visto y quieren creer son los que creen con más energía. (*Con dignidad, pero sin énfasis.*) Vamos.

PABLO.—(*Interponiéndose entre el SARGENTO y MARTA. Con vehemencia.*) No puedes irte así. (*Al SARGENTO.*) Me consta que el cargo que se ha hecho contra la señora de Leoben es falso. En su casa no había tal depósito de armas. Como miembro del Comité Central, asumo la responsabilidad de custodiarla personalmente.

SARGENTO DE MILICIAS.—(*Con sequedad y un asomo de violencia. El tosco hombre de acción aprovecha la ocasión para responder con insolencia al "intelectual".*) Cumpro órdenes, y a ellas me atengo. Y debo decirte, camarada, que me han dado instrucciones muy precisas para el caso de que me recordases tu condición de miembro del Comité Central. Ahora, (*a MARTA y a los MILICIA-*

nos.) vámonos. Lo que habíamos de hacer aquí, ya está hecho.

MARTA.—Gracias, Pablo. Todo es ya inútil. (Apartando a PABLO, que sigue interponiéndose entre él y MARTA, el SARGENTO hace que los dos MILICIANOS flanqueen a MARTA e inicia la salida al exterior de la estación. MARTA mira intensamente a PABLO y dice de nuevo al SARGENTO.) Vamos.

(Sale MARTA entre los dos MILICIANOS, seguida por el SARGENTO. Silencioso estupor en el resto de los personajes. Todos ellos quedan inmóviles, mientras el SARGENTO da sus voces de mando. El director determinará el ritmo de esta última parte de la escena, que debe ser rápida, pero no apresurada.)

SARGENTO DE MILICIAS.—(Fuera de la escena.) ¡La pareja del ala norte y la del ala sur, a formar! (Pasan unos segundos.) Y tú, lo que ya sabes.

(Las voces siguen oyéndose en el exterior de la escena.)

VOZ DEL MILICIANO.—¿Aquí, sargento?

SARGENTO DE MILICIAS.—¡Aquí mismo, y ahora!

(Oyese un disparo. Al oírlo, PABLO y MIGUEL se avalanzan hacia el exterior. MIGUEL contiene enérgicamente a PABLO.)

MIGUEL.—¡No! ¡Tú, no! (Sale MIGUEL apresuradamente. Apenas ha traspuesto la puerta, se oye el ruido de un coche que se pone en marcha y se aleja. Vuelve MIGUEL a escena con expresión de hondo abatimiento. Y se coloca junto a PABLO. En medio del silencio consternado de todos.) Nada. Ni siquiera su cadáver.

ESCENA XIII

PABLO, MIGUEL, ELENA, JEFE DE ESTACIÓN, ANDRÉS, GRUPO DE EMIGRANTES y TELEGRAFISTA.

(Sin romper el hondo silencio, con temerosa y conmovida lentitud, van sucesivamente saliendo de la escena el TELEGRAFISTA, el JEFE ESTACIÓN, ANDRÉS y el GRUPO DE EMIGRANTES. El TELEGRAFISTA, ANDRÉS y los suyos, por la puerta de andén, el JEFE DE ESTACIÓN, por la puerta del despacho de éste. Quedan solos PABLO, MIGUEL y ELENA. El GRUPO DE EMIGRANTES se dispersa en el andén.)

ESCENA XIV

PABLO, MIGUEL y ELENA.

(PABLO se sienta pesadamente. Le abruma lo ocurrido. MIGUEL y ELENA se acercan a él y le ponen la mano sobre el hombro, con amistoso ademán de apoyo y compañía.)

PABLO.—Lo que temíamos: la sangre. Una sangre que deshace mi vida.

ELENA.—No, Pablo, no. Tu vida sigue. Tu país sigue. Ahora más que nunca, Miguel y yo estamos contigo. Y con nosotros, lo mejor de nuestro pueblo.

MIGUEL.—Debo decirte, como Elena, que la vida sigue. Y

que en ella, cualquiera que sea tu destino, te acompañará nuestra fidelidad.

PABLO.—Gracias, Elena, gracias, Miguel, por esta confirmación de vuestra amistad. Nada consuela tanto como ver confirmarse aquello en que se cree. Pero siento que esta muerte ha deshecho mi vida. *(Pausa.)* Es verdad: la historia sigue. ¿Cómo va a seguir la nuestra? La sangre llama a la sangre, y preveo que la de Marta no va a ser la única vertida entre nosotros. Habrá represalias y contrarrepresalias, y nuestro triunfo, incruento hasta ahora, quedará manchado de sangre. De sangre vertida a sangre fría.

MIGUEL.—Pablo, nosotros no hemos sido los únicos, ni los primeros en derramarla. Me subleva lo que acabamos de oír, y nunca lo consideraré justificado; pero tampoco puedo olvidar aquella “ley de fugas” que acabó con tantos de los nuestros.

ELENA.—Antes nos hablaste de la “astucia de la razón”. La violencia y la saña, ¿qué son, según tu propio pensamiento, sino dolorosos rodeos de una razón que continúa su progreso? La vida sigue, Pablo, y nosotros queremos estar contigo.

PABLO.—*(Se levanta. Con creciente vehemencia en sus palabras.)* Es verdad, Miguel. No hemos sido los primeros, no somos los únicos, no seremos los últimos en derramar injustamente sangre. Pero tú y yo hemos hecho una religión del respeto a la vida humana. Nunca me tentó el sentimentalismo; siempre pensé que el combate, con todas sus posibles durezas y violencias, puede ser necesario para el triunfo de una causa justa. El combate, no el asesinato, aunque éste se disfraze de sentencia judicial o de imperativo político. Después de esta noche y de otras noches como ésta, ¿dónde quedará nuestro proyecto de asumir la belleza del pasado en la justicia del futuro? Miseros sueños, barridos de golpe

por el viento de la crueldad inútil... (*Pausa. A ELENA.*) Has aludido, Elena, a la "astucia de la razón": palabras de un ideólogo que quería salvar su optimismo o su orgullo de filósofo con el recurso de una brillante pirueta verbal... Frente a la injusticia imaginada, ¡qué fácil cosa, idear que el progreso de la razón la absorbe y justifica! Pero cuando un asesinato es realidad visible y palpitante, cuando hemos oído el disparo que lo cometió, la astucia de la razón no puede escamotearlo. Un truco de prestidigitador no basta para restaurar el orden moral del mundo... No, Elena, no; la Historia no puede justificar el asesinato. Lo envuelve, lo hace olvidar, tal vez, pero nunca lo justifica. La vida humana, cualquier vida humana tiene valor absoluto... (*Breve pausa. Con tono grave, ronco.*) Cualquier vida humana. No sólo las que uno, como yo ahora, no puede llamar "cualquiera".

ELENA.—(*Tras un breve silencio de todos. Lentamente.*) Acaso nuestro triunfo había sido demasiado hermoso. Acaso en la historia no sea posible la victoria sin el tributo del dolor... Y acaso tu tributo personal a nuestro triunfo haya sido, Pablo, este dolor de ver morir a la mujer que había en Marta de Leoben...

MIGUEL.—(*Rompiendo otro breve silencio. A PABLO.*) Pablo... ¿Qué dirá la comunicación que te entregaron?

PABLO.—(*Toma el sobre de la mesa, lo abre y lee la hoja que contiene.*) Me citan a una reunión extraordinaria del Comité, para que yo explique mi parte en la evasión de Marta de Leoben. (*Pausa.*) Muerta ella, no será muy apremiante la requisitoria de quienes la hicieron morir. El crimen pesa siempre, incluso sobre el alma de los que con argucias piensan haberlo justificado... ¡Pobre Marta! Yo le envié un salvoconducto para proteger su vida. Con su muerte, ella me ofrece otro en defensa de la mía. (*Pausa. Con acento íntimo, entrañable, conmo-*

vido.) La conocí y la traté cuando las personas dejan de ser cosas sin misterio y empiezan a ser sueños; cuando se cree que soñar es pensar. Dejé de verla cuando parece que nuestro pensamiento va a hacernos dueños de la realidad. Hemos vuelto a encontrarnos cuando se comienza a descubrir que, en última instancia, pensar es soñar... Esta tarde he visto cómo en ella se extinguía la mujer que durante quince años ha sido y cómo en su lugar iba naciendo una persona nueva... Más aún: cómo en ella, al conjuro de una secreta voluntad, resurgía la mujer que hace años conocí. Sin nostalgia, animosamente, Marta se disponía a ser ella misma y se proponía volver a nuestro país, como para confirmar un día mis sueños de doctrinario... (*Breve pausa. Con vehemencia e íntima sensación de desgarró.*) Entonces, súbitamente, he descubierto que la amaba. Que el rescoldo se hacía llama. Que mi existencia no iba a ser tan sólo invención de proyectos para edificar un orden nuevo; que iba a ser también, y más hondamente, viva esperanza de su retorno... Tú lo supiste ver, Elena. Yo envié el salvocoducto a un personaje cuya vida me parecía necesaria para proyectar nuestro futuro; pero también, desde el fondo más oscuro de mi alma, a la Marta que pudo ser y no fue, a la Marta que estaba siendo de nuevo... (*Breve pausa. Con abatimiento.*) Y entonces, como brutal golpe de piedra, su muerte.

(*Se sienta, postrado y silencioso.*)

MIGUEL.—(*Con tono grave, lentamente.*) Muerte, amor... Cuando el amor llena de veras la vida, ¿deberá alcanzar su último sentido a través de la muerte? Pablo, comprendo la hondura de tu dolor. (*Breve pausa.*) Pero me pregunto si tu amor a Marta no encontrará un nuevo sentido en la continuación de tu vida; si tu fidelidad a tu propia vocación no será para ti un modo de in-

corporar tu recuerdo de esa mujer a la vida de nuestro pueblo...

ELENA.—Pablo, tu destino es ayudar a vivir, dar claridad y nobleza a la vida ajena. Aunque ahora debas cumplirlo a través del dolor y la muerte; aunque en ocasiones hayas de conocer el fracaso. La sangre de Marta no ha deshecho tu vida, ha dado a tu vida nueva luz. (*Ante un gesto de PABLO.*) Sí, nueva luz. Tú lo dijiste: "Cualquier vida humana tiene valor absoluto"... Cualquier vida humana. No sólo la de Marta, también la de aquellos a quienes esta odiosa muerte suya ponga mañana en trance de morir. Tu palabra, tu prestigio, la autoridad moral que ante todos va a darte esta brutal ejecución, ¿no te permitirán, acaso, salvar alguna de esas vidas? Y si cada una de ellas tiene valor absoluto, ¿puedes sustraerte al deber de rescatarlas? (*Acercándose a PABLO con cariñosa, maternal solicitud.*) Bajo un signo nuevo, tu vida sigue. Y en ella, tus discípulos, tus amigos, queremos acompañarte.

PABLO.—(*Mientras MIGUEL y ELENA pronuncian sus respectivos parlamentos últimos, sin salir de su postración, mostrará mediante discretos gestos que las palabras de sus amigos son eficaces en su alma. Dentro de él va surgiendo tenuemente una nueva visión de su propia vida.*) Mi palabra, mi autoridad, mi prestigio... ¿Dónde estarán ahora? ¿Cómo habrán quedado después de este día? ¿Contra qué infundios habré de luchar entre los nuestros para salvar algunos jirones de eso que llamáis prestigio? Y mi ánimo para esa lucha, ¿dónde está? (*Breve pausa.*) Pero tienes razón, Elena, y acaso tú, Miguel, también la tengas. Con la humildad de quien previamente ha aceptado el fracaso, me esforzaré por volver a lo que yo solía llamar "mi vida". Antes la empleé en la forja de proyectos para ordenar el futuro. Ahora, sabiendo muy bien que la violencia cruel, la violencia fa-

nática o la violencia estúpida pueden arruinar el intento, la consagraré a demostrar que la justicia y la libertad se exigen entre sí, y que una y otra son poca cosa si el amor no las anima. Y que el hombre es cosa sagrada, aunque él no lo quiera o no lo sepa. Y que no es posible la felicidad cuando se piensa que ésta vale más que el hombre mismo. *(Breve pausa.)* ¿No reza así la lección que nos ha dado esta noche terrible? *(PABLO, que se habrá puesto en pie, se acerca a MIGUEL y ELENA y los arrastra amistosamente junto a sí.)* Miguel, Elena... Vuestra amistad me hace entrever lo que hay más allá de este gran dolor y este gran fracaso. Tal vez sea esta la secreta misión de quienes saben prohiar a sus propios padres... *(Con un tenue ánimo nuevo en el acento de su voz.)* Regresaremos a Arnovia. Compareceré ante el Comité. Diré allí mi verdad, y no creo que se atrevan a impedirme la actividad pública. Algo quedará de nuestra acción, aunque nuestros planes fracasen. *(Breve pausa. Como descubriendo el sentido de lo que acaba de decir.)* ¿No era este el sentir de Andrés Rádek, del animoso Andrés Rádek? *(Apoyados sus brazos sobre los hombros de MIGUEL y ELENA, van saliendo los tres por la puerta que conduce al exterior de la estación.)* Es verdad. Es verdad. Cuando nuestros proyectos fracasan, la razón de la historia deja de ser en nosotros simple razón, y su astucia toma otro rostro y gana otro nombre: es la esperanza.

(Salen. A poco se oye el motor de un coche que se aleja.)

ESCENA XV

ANDRÉS y el GRUPO DE EMIGRANTES.

(Queda la escena sola. A los pocos segundos, el GRUPO DE EMIGRANTES reaparece en el andén, y bajo la dirección de ANDRÉS va situándose en él para tomar el tren, ya próximo a llegar.)

ANDRÉS.—Dice el Jefe que el tren está a punto de llegar. No os agolpéis. Que cada cual se haga cargo de su equipaje y tenga a mano su billete y sus papeles. *(Va comprobando el buen orden de la fila de emigrantes a lo largo del andén. Breve pausa.)* Y de lo que aquí hemos visto y oído, nada: estas son cosas de los que mandan, no de los que tenemos que ganarnos el pan con nuestro sudor. Nuestra vida está allí, en la tierra que nos espera.

ESCENA XVI

EL FUTURO.

(Cuando todos los EMIGRANTES están ya en sus puestos y aguardan en silencio la llegada del tren, penetra en la sala de espera, procedente del exterior de la estación, EL

FUTURO. *Llega lentamente al centro de la escena, se adelanta hasta el proscenio. Y vuelto hacia el público dice lo que sigue.)*

EL FUTURO.—*(Señalando con leve gesto la puerta por donde salió MARTA.) Muerte... (Repitiendo el mismo gesto hacia esa misma puerta y la del andén.) Esperanza... Esto vengo a ser yo, cuando me hago presente.*

(Sale hacia el andén, y mientras atraviesa la puerta cae rápidamente el

T E L O N

Nueva Colección

TEATRO SELECTO

Esta nueva Colección presenta a los mejores autores contemporáneos en sus obras de mayor éxito. Aparece en elegantes tomos tamaño 17,5 x 10, lujosamente encuadernados, esmeradamente impresos y con ilustraciones sobre papel couché fuera de texto.

Teatro Selecto de Antonio Buero Vallejo

Contiene las siguientes obras: *Historia de una escalera*, *Las cartas boca abajo*, *Un soñador para un pueblo*, *Las Meninas* y *El Concierto de San Ovidio*.
Precio: 200 pesetas.

Teatro Selecto de Alfonso Sastre

Contiene las siguientes obras: *Escuadra hacia la muerte*, *La mordaza*, *Ana Kleiber*, *La sangre de Dios*, *Guillermo Tell tiene los ojos tristes*, *En la red*, *La Cornada*. Precio: 200 pesetas.

Teatro Selecto de Alejandro Casona

Contiene las siguientes obras: *La sirena varada*, *Prohibido suicidarse en primavera*, *Los árboles mueren de pie*, *La casa de los siete balcones*, *El caballero de las espuelas de oro* y *Nuestra Natacha*.
Precio: 200 pesetas.

Teatro Selecto de Víctor Ruíz Iriarte

Contiene las siguientes obras: *El landó de seis caballos*, *El gran minué*, *Esta noche es la víspera*, *El Carruseíl* y *Un paraguas bajo la lluvia*.
Precio: 200 pesetas.

Editorial ESCELICER, S. A.

Héroes del Diez de Agosto, 6-Madrid, 1



PEDRO LAÍN ENTRALGO

Pedro Laín Entralgo es una de las personalidades más relevantes de nuestra época. La Universidad española le cuenta entre sus figuras más ilustres. Es médico y catedrático de Historia de la Medicina en la Facultad de Madrid.

Es, además, un escritor de alta calidad y, como Marañón, con quien presenta cierto paralelismo intelectual, un ensayista orientado hacia los estudios históricos y filosóficos, proyectados sobre los problemas de nuestro tiempo.

Aquellos de sus estudios que podrían llamarse profesionales, han cimentado la autoridad científica de que disfruta. Otro género de trabajos más propiamente literarios (*Sobre la Cultura Española*, *Menéndez Pelayo*, *Las Generaciones en la historia*, *La Generación del 98*, etc.) le han granjeado su prestigio de escritor, abriéndole las puertas de la Real Academia de la Lengua.

Nativo del Bajo Aragón, a la capacidad de trabajo característica de su raza, une un sentimiento mediterráneo de la belleza. En el hombre de ciencia, coexisten el humanista y el artista de la pluma.

"*Cuando se espera*" es su primera obra teatral y si en su trama —nos dice el autor— "hay alguna tesis, ésta no es ideológica, sino moral. Pretendo, en efecto, que mi comedia sea una protesta escenificada contra la violencia política, venga de donde viniere. Insisto: venga de donde viniere, hállese a la derecha o a la izquierda la mano que la comete".

Pedidos:
ESCELICER, S. A.
Héroes del Diez de Agosto, 6
Apartado, 459
MADRID

